ño I. ⌀ N° 10 Francia : el número 0.60 cént. -- Extranjero : 0.75 15 de Noviembre 1913

REVISTA GRÁFICA

Ayuntamiento de Madrid

LIBRERIA RELIGIOSA

de la

Casa Editorial

HISPANO-AMERICANA

222, Boulevard Saint-Germain, 222, PARIS

PIDANSE los Catálogos A B C y D

Immenso surtido de toda clase de libros religiosos, en español y en francés. Gran variedad en objetos piadosos, imágenes, rosarios, estampas, medallas, etc., de lo mas acabado y artistico.

CASULLAS, CÁLICES, COPONES, CUSTODIAS, RELICARIOS
DE UN TRABAJO ADMIRABLE Y Á PRECIOS ECONOMICOS

Casullas, de todos los modelos, fabricación especial de la Casa, desde los más ricos á los más baratos. Se admiten encargos de casullas de dibujos nuevos

TODA CLASE DE ROPA DE ALTAR

VENTA AL POR MAYOR Y AL DETALLE

Aberdeen

Sastre Escocés

1, rue Auber
Y
5, b. Malesherbes
PARÍS
Casa fundada en 188

El mayor surtido en paños ingleses y escoceses

Especialidad en Homespuns

MALLES LAVOET
175. Boulevard HAUSSMANN
PRIX: 40 frs

CATARROS antiguos y recientes

TOSES, BRONQUITIS
radicalmente CURADAS
POR LA

SOLUCION PAUTAUBERGE

que procura *Pulmones robustos*, despierta el *Apetito*, aumenta las *Fuerzas*, seca las *Secreciones* y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris *y todas Farmacias.*

Ayuntamiento de Madrid

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año I°
15 Nov. 1913
Precio
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes
Director : José MUÑOZ ESCÁMEZ
222, Boulevard Saint-Germain, Paris Teléfono 757-90
Sucursal, 471 - Calle de Sarmiento, Buenos-Aires

N° 10
Suscripción
20 Francos
por año

Á NUESTROS LECTORES

◇ ◇ ◇

El éxito extraordinario alcanzado por Revista Grática *nos impulsa á introducir en ella considerables mejoras que han de ser del agrado de nuestros lectores.*

Por de pronto publicaremos un número de Navidad que constará de más de cién páginas, *de las cuales 32 serán á todo color, y 8 con grabados admirables obtenidos por un nuevo procedimiento tipográfico. La parte literaria será interesantisima.*

A pesar de lo costoso de este esfuerzo editorial, nuestro número de Navidad será vendido al mismo precio *que los ordinarios.*

Más aún: á partir de 1.° de Enero próximo Revista Grárica *tendrá* dieciséis *páginas mas de texto, sin que por ello se aumente su precio de venta.*

Nuestra colaboración se ha reforzado con las primeras firmas de España y de América, y, en una palabra, no perdonamos esfuerzo ni sacrificio para corresponder al interés de nuestros lectores cuyas frases de aliento y de cariño agradecemos con toda el alma.

LA REDACCION

Ayuntamiento de Madrid

En el pasado pedíasele al automóvil que marchara á una velocidad moderada, pero hoy día continuamente se celebran concursos en los que este vehículo tiene que franquear obstáculos inverosímiles. La presente fotografía, que nos ha parecido curioso publicar, representa un automóvil escalando una montaña que los primeros fríos invernales cubrieron de nieve.

AUTOMOVILISMO

Acaba de cerrar sus puertas el Salón del Automóvil. La anual y otoñal exposición ha venido ostentando hasta ahora, un carácter mundano, mejor que comercial. Era una fiesta de la mecánica, entre luminarias fantásticas, de todos colores, con guirnaldas, banderolas y cortejos oficiales.

Los visitantes del Salón no eran los automovilistas, sino los aspirantes á automovilistas. Y todo el enorme tinglado estaba dispuesto para deslumbrar á los neófitos. Y con el fin de que las gentes timoratas no se asustasen con ese *escrúpulo* de la velocidad, los coches estaban fijos en la tierra, muy quietos en la ringla, sin atreverse á romper el cordón de seda; los coches, que despachurran cochinos y se estrellan contra las rocas.

En el Salón que acaba de clausurarse no ocurrió lo mismo que en los otros anteriores. Puede decirse que ha sido exclusivamente, eso sí, á todo lujo, una exhibición de los grandes negocios, de las mejoras comerciales y técnicas del automovilismo.

Á decir verdad, el cliente digno de este nombre, no debe buscar otra cosa en el Grand Palais.

Antes que nada debe preocuparle el precio del *chassis* y su *rendimiento*. ¿Cuánto cuesta? ¿Cuánto corre? He aquí las dos primeras preguntas que dirige el comprador al comisionista de una cualquiera de las grandes casas constructoras.

Á pesar de los accidentes demasiado numerosos y terribles que registra la historia del automovilismo, cada vez se aumenta el delirio de la velocidad; constituye esto una nueva enfermedad de este

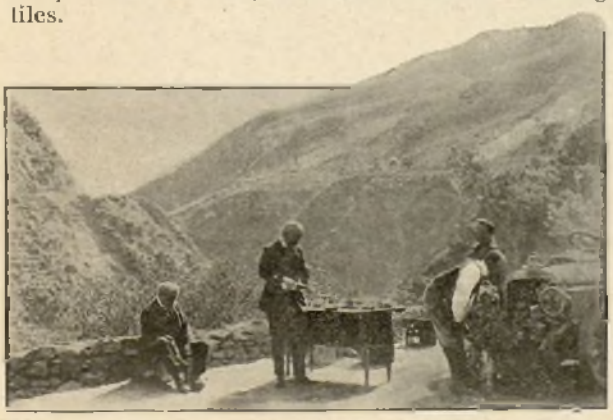
Ayuntamiento de Madrid

EN EL OASIS

En el desierto, el automóvil va reemplazando al clásico camello, y ya no es raro que uno de estos coches, especialmente montados para estos viajes, cruce el Sahara. La presente fotografía fué tomada desde camino, en el momento de repostarse en el primer oasis.

mundo tan viejo que tan joven quisiera ser.

Un *auto* que no pueda pasar de los *cuarenta á la hora* — velocidad que se consideraba antes como un *record* — no encontraría hoy comprador. todos convendrían en que llegó el momento de relegar el aparato al olvido, á los hierros inútiles.



EN PLENA MONTAÑA

El automóvil escala intrépido las más altas montañas, porque no hay pendiente capaz de resistir el empuje de un motor de 80 caballos.

Pero el poder motor de un auto no sirve sólo para ir deprisa. La autoridad de Mr. G. de Lafreté, por nadie discutida, dice, á propósito de esto, algo que es digno de escucharse, y que vamos á extractar. Son muy concretas é importantes las observaciones de Mr. de Lafreté, hechas á lo largo de un paseo entre los automóviles expuestos en el Salón.

La pujanza motriz de un *auto* sirve para colocar sobre un *chassis* una *carrosserie* confortable y cubierta. Permite también, aunque parezca paradójico, que el *chauffeur* pueda conducir la máquina con el mínimum de peligros. Y es, sobre todo, útil, porque el automóvil que pueda devorar las distancias en un camino sin obstáculos, es el que podrá detenerse sin sufrir retraso, en las aglomeraciones y demás barreras de la circulación. Con un *auto* lento siempre se corre el riesgo de llegar tarde, y no hay tiempo que perder.

Ayuntamiento de Madrid

Otra de las mejoras que persiguen de consuno el fabricante y el comprador, es el silencio, aun á costa de la fuerza. Y este silencio se alcanzó gracias á los modernos dispositivos mecánicos, honra de los constructores franceses, de esta Francia que es la patria del automovilismo y la aviación. Hoy día, un coche de buena marca, no hace más ruido que uno de esos autos eléctricos, que estuvieron tan de moda cuando los *autos* de petróleo nos ensordecían con sus explosiones, y el chirrido de los engranajes.

Mr. de Lafreté hace notar también la boga adquirida por los radiadores en *coupe-vent*. Los técnicos más acreditados consideran que la reforma susodicha no influye para nada en la velocidad. Hay que confesar, no obstante, que la estética sale ganando con los novísimos radiadores.

Desde el punto de vista de la *carrosserie*, todavía son más considerables los progresos. Los principales constructores de París han llegado á ofrecer *limousines, landaulets y torpedos*, mucho más ligeros que los de antaño, y, al mismo tiempo, mucho más confortables.

Recordaremos, por ejemplo, la cubierta plegada de una *limousine*, que se puede abrir y cerrar á voluntad del viajero, por una sencillísima maniobra realizada en el interior mismo del carruaje.

El torpedo que se conduce desde dentro. Esos *skifs* y esas *chaloupes*, de forma

EL CAMPING

El "camping", es decir, el deport que pudiéramos llamar de acampamento, se difunde cada día más. Como puede verse, el automóvil ha sido dispuesto de manera tal, que en breves minutos puede ser transformado en una cómoda tienda de campaña, y sólo por sus propios medios.

Ayuntamiento de Madrid

EN PLENO DESIERTO

Junto al progreso, rozando al automóvil ahora silencioso, desfilan los camellos como sombras fantásticas. ¡Qué raros deberán parecer estos animales, y en tales sitios, cuando transcurran unos años!

Phot. Chasseau-Flaviens

que se reducen hacia atrás y que presentan menor resistencia que ayer á la marcha rapidísima.

Otras novedades han podido apreciarse y aplaudirse en el todavía próximo concurso del Grand Palais.

Aunque no resuelto del todo, se ha hecho señalar el *démarreur* eléctrico cuyo oficio está en obtener que el *auto* se ponga en marcha sin que el conductor tenga que moverse de su asiento; no se han hecho suficientes ensayos para que se pueda afirmar el éxito del reciente ingenio; sin embargo, ya ha sido adoptado por multitud de deportistas.

Si se realiza del todo el triunfo del *démarreur*, habremos conseguido una

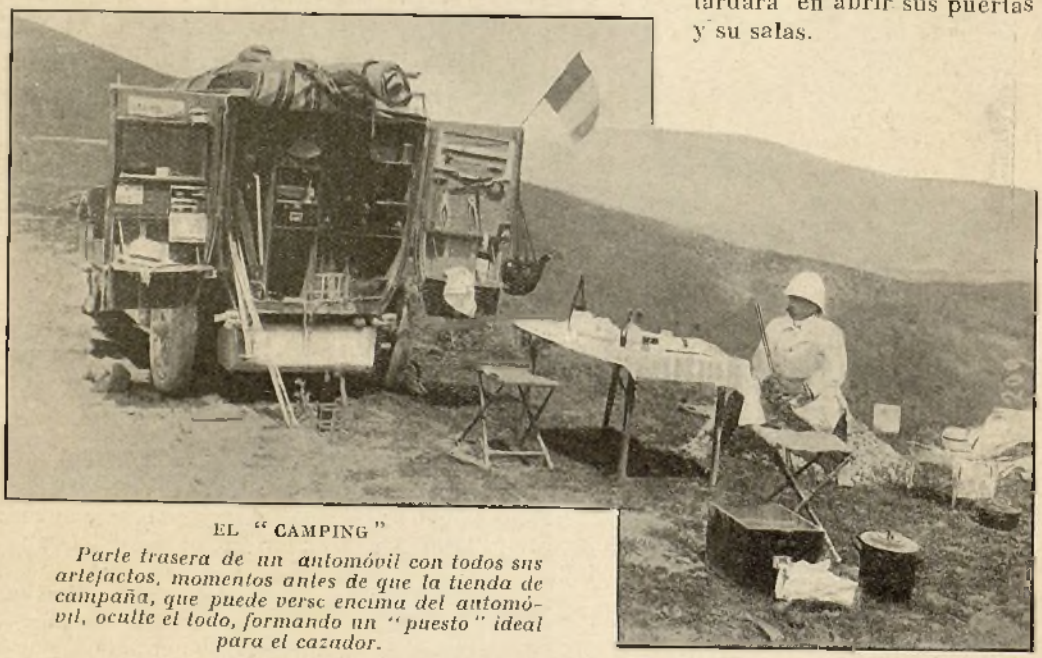
Pero en las poblaciones, el automóvil también ha hecho desaparecer casi por completo al desvencijado fiacre y al omnibus, que han pasado al museo como un objeto de curiosidad,

Ayuntamiento de Madrid

gran economía de esencia, sobre todo, en las ciudades grandes, como París, Londres, Berlín y Madrid, porque se podrá detener el motor en los casos de paro forzoso por impedimento en la vía pública. Es un hecho probado que los *taxi-autos* gastan mucho más en estas esperas que en recorrer su camino, lo que se llama la distancia útil.

He aquí, lector, lo más notable del Salón. Se temía que Francia, engolosinada como los chicos con los juguetes nuevos, olvidase el automovilismo por la aviación. No ha sido así, ni ha sido de otro modo. Los poetas, los aventureros, en el mejor sentido de la palabra, los ambiciosos de ideal, se apasionaron por el aeroplano. Los comerciantes, sesudos y tenaces, apoderáronse de la industria del automóvil. Y el automovilismo sigue corriendo y vuelan los aeroplanos...

Aquellas galanuras y feerías del antiguo Salón del Automóvil se han reservado este año para el Salón de la Aviación, que no tardará en abrir sus puertas y su salas.

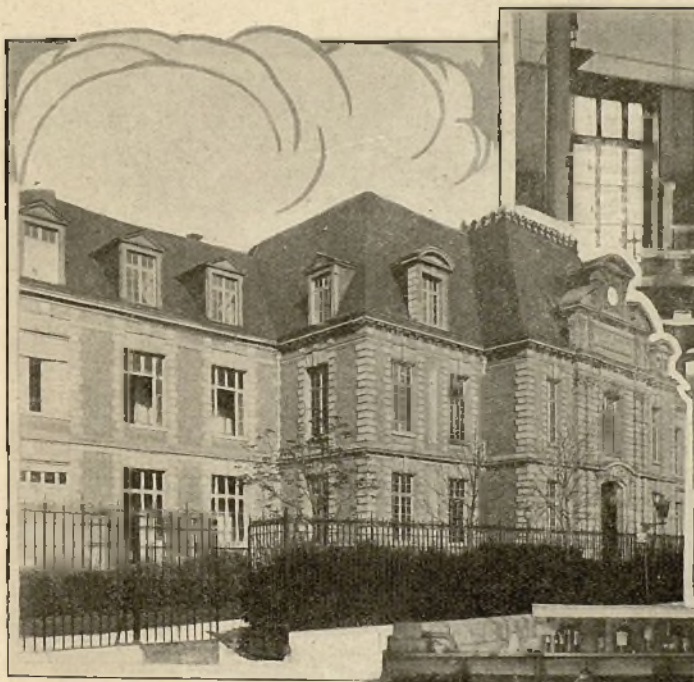


EL "CAMPING"

Parte trasera de un automóvil con todos sus artefactos, momentos antes de que la tienda de campaña, que puede verse encima del automóvil, oculte el todo, formando un "puesto" ideal para el cazador.

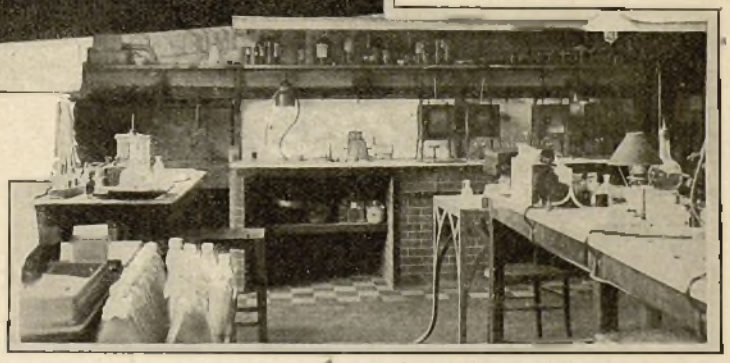
Ayuntamiento de Madrid

ACTUALIDADES

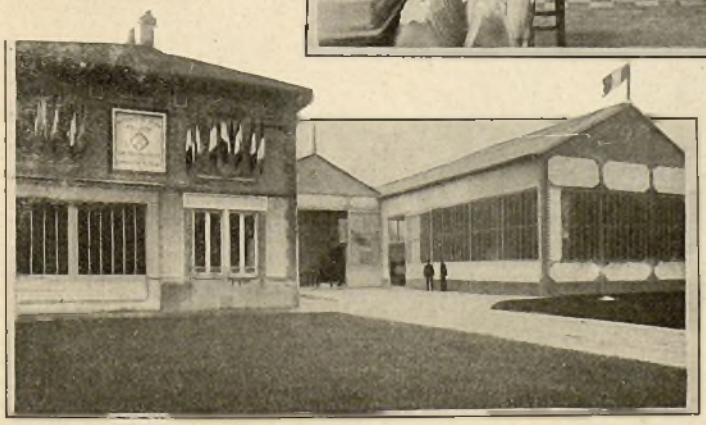


Fachada del Instituto Pasteur, simple y seria, pero que protege la Ciencia y el Bien.

El gran Laboratorio de Biología.



Otro Laboratorio de Biología.



Los Laboratorios de ensayos, que pertenecen á la Comisión técnica del Automóvil Club de Francia.

Ayuntamiento de Madrid

ESPAÑA

Reunión de los disidentes liberales en el Senado, la tarde del magnífico discurso programa de don Manuel García Prieto.

El nuevo embajador de los Estados Unidos en Madrid, Mr. Willard, platicando con don Eduardo Dato.

La familia de monsieur Willard, á su llegada á Madrid.

MADRID

El embajador de los Estados Unidos, en la carroza, al salir de Palacio, de presentar sus credenciales á S. M. el Rey.

MOMENTOS POLITICOS

El conde de Romanones, que ha dejado de ser Presidente del Consejo.

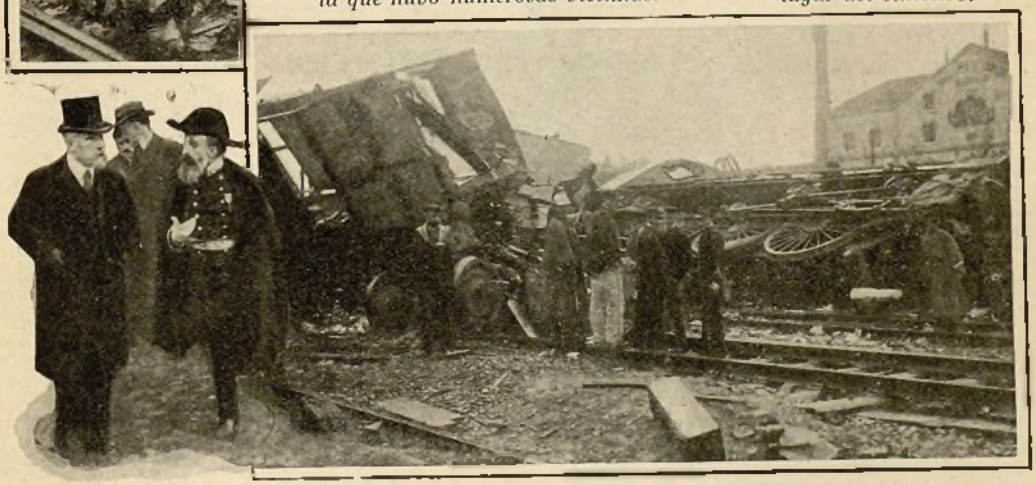
INTERVIEW

El marqués de Alhucemas, interrogado por los periodistas, con motivo de la última crisis.

Ayuntamiento de Madrid

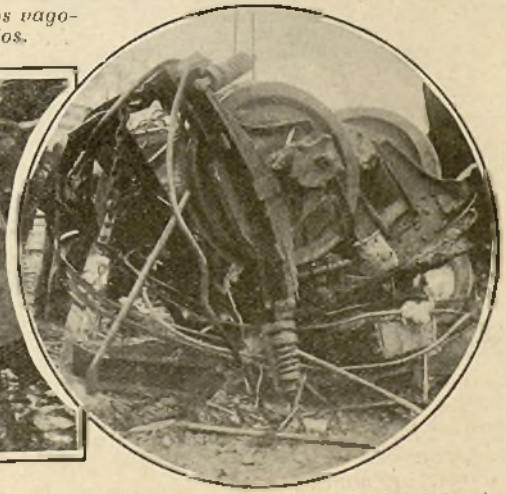
La catástrofe ferroviaria de Melún, en la que hubo numerosas víctimas.

El obispo de Meaux en el lugar del siniestro.



El Presidente de la República, visitando las ruinas.

Vista general de los vagones inutilizados.



La búsqueda de las víctimas. Algunos cadáveres no han podido ser identificados.

Todavía conserva este coche la violencia del torbellino que debió ser la catástrofe.

Ayuntamiento de Madrid

El valiente matador de toros Rafael González (Machaquito), que se ha cortado la coleta. Le acompañan su señora y su hijo.

Machaquito, después de cortarse la coleta, en el hotel de don Benito Pérez Galdós.

Don Antonio Maura.

Machaquito y su señora, en la Biblioteca de Galdós.

Dos infantes de España que asistieron al bautizo del nuevo Infante Atanlfo.

Machaquito, rodeado de periodistas de Madrid. Entre ellos, Luis de Tapia, Tomás Borrás y el revistero "Claridades".

Ayuntamiento de Madrid

Cuadro alegórico de la Justicia, del pintor Galliani, que ha paseado su obra por las calles de París, ante la obstinación de los jurados en no admitirle en los salones.

M. Castillón de St. Victor, uno de los Petronios de París, que acaba de retirarse á un convento.

FRANCIA Y TURQUÍA

Djerid-bey, que en breve visitará París para firmar un tratado con Francia.

El ilustre profesor Carlos Richet, á quien acaba de concedérsele el premio Nobel de Física.

La princesa Victoria Luisa hija del emperador de Alemania, que ha sido elegida para el trono de Brunswick.

El nuevo rey de Baviera, antiguo regente, príncipe Ludwig.

Mr. Kokotzwn, presidente del Consejo ruso, á su llegada á París.

Ayuntamiento de Madrid

EL NUEVO MINISTERIO ESPAÑOL

Al fin, se ha verificado en España el cambio de política. Los conservadores entraron en el poder bajo la jefatura de don Eduardo Dato. He aquí sus insignes compañeros de gabinete.

General Echagüe, ministro de Glauerra.

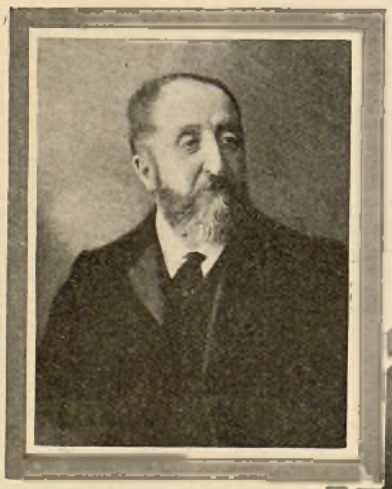
Sr. Miranda, de Marina.

Marqués de Lema, Estado.

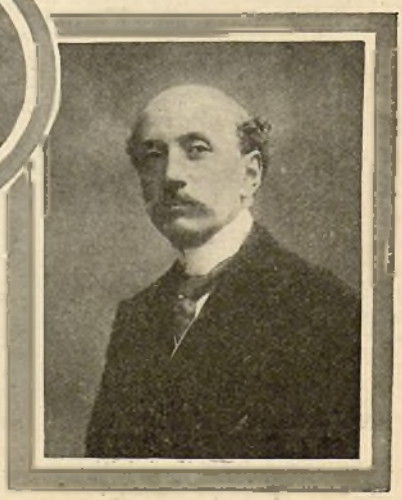
Sr. Bergamín, Instrucción Pública.

El nuevo gabinete saliendo de jurar.

Sr Sánchez Guerra, Gobernación.



Marqués de Vadillo, Gracia y Justicia.



Sr. Ugarte, Fomento. Sr. Bugallal, Hacienda. Sr. Dato, Presidencia.

Ayuntamiento de Madrid

LA PLAZA DE LA CONCORDIA DURANTE LOS TRABAJOS

La inmensa explanada está convertida en cantera. Bajo esos escombros se cruzan dos líneas del Metropolitano, una de las cuales pasa por debajo del Sena.

El Metropolitano

Viendo la agitación de la vida en las calles de París: la multitud, atareada y rápida, el hacinamiento de coches, automóviles, tranvías y *autobus* que hacen temblar las casas, no se piensa en que todo esto rueda, vive y se agita sobre el vacío, y sólo nos acordamos de que París está hueco cuando un hundimiento nos lo demuestra de una manera trágica. Afortunadamente, los hundimientos son muy escasos y las más veces sin grandes consecuencias lamentables, como el reciente de la calle de Anjou en que se precipitó en una sima media casa, quedando la otra media en pie... y con habitantes.

París está hueco. Bajo sus casas y bajo sus calles hay una ciudad de vida intensa y proteica: conductos de agua, canalizaciones de luz, alcantarillas, tubos pneumáticos para el reparto de la correspondencia, galerías por donde circulan los trenes, inmensos almacenes que sirven de desvanes, las famosas cuevas del Banco de Francia defendidas por murallas de hierro y cuádruples puertas, y, como sistema nervioso de este monstruo que se llama París, los haces infinitos de hilos que llevan en sus entrañas la vibración del pensamiento.

Hacer una visita al subsuelo de París es asomarse á un nuevo mundo, á un infierno más bien en el que no soñó Dante.

Se dice que bajo la Ópera hay un río por donde se puede pasear en barca y, en verdad, no debe ser muy encantadora una excursión por este nuevo Aqueronte.

Lo cierto de esta leyenda es que cuando se hicieron las excavaciones para construir el teatro, se encontró una enorme laguna, y durante año y medio trabajaron incesantemente ocho máquinas agotadoras, las cuales, según los cálculos de Nuitter, extrajeron una cantidad de agua que hubiera podido llenar un depósito cuya base fuera el patio del Louvre y de una profundidad igual á vez y media la altura de las torres de Notre-Dame.

Para evitar filtraciones se construyó una vasta sala de 50 metros de lado con paredes de ladrillo y cemento, trabajo

Ayuntamiento de Madrid

pificil, porque hubo que cegar los pozos y galerías que dejó al descubierto la laguna. Hoy, las aguas acumuladas en dicho depósito, pueden utilizarse en caso de incendio en la Ópera.

Los áticos viales del jardín del Luxemburgo reverdecen sobre la antigua cantera de los Cartujos, acerca de la cual corren leyendas absurdas; el bulevar de Richard-Lenoir está edificado sobre el canal de San Martin y el de Port-Royal sobre un arroyo: el Brièvе. Bajo la iglesia de Saint-Germain-des-Prés hay una enorme cueva y bajo el Observatorio, encontró Perrault, en 1668 al echar sus cimientos, las galerías que existen aún, situadas en la zona del subsuelo en que la temperatura es constantemente invariable. En las antiguas canteras de América, hoy Buttes Chaumont (Colinas Chaumont; de *chaux*, cal y *mont*, monte) se explotaba cal, como indica su nombre, y en el subsuelo de Passy se han encontrado restos de acueductos de la época romana. El barrio de Antín está edificado sobre el arroyo que alimenta el canal de Menilmontant. y las famosas catacumbas agujerean medio París.

Todos estos subterráneos sirvieron un tiempo de refugio. En 1789 Marat se escondió en los de Montmartre huyendo de la Comuna y en 1848 murieron en el mismo sitio un centenar de insurrectos por las tropas de Cavaignac.

Pero las antiguas galerías se han modernizado, se han aristocratizado. Hoy podemos recorrerlas en tren y, si creemos á la leyenda, en góndola, y hasta con un barquero que canta lindas barcarolas para hacer menos triste el paseo por esas aguas sombrías.

La construcción del Metropolitano es un titánico trabajo que no se concibe á primera vista; es preciso analizarlo, desmenuzarlo para ver las dificultades que ha habido y que hay que vencer, y entonces la indiferencia — nacida de la familiaridad — con que mirábamos el negro tubo se convierte en admiración. Las obras de arte suscitan más pronto nuestro asombro que las de la industria porque llega á nosotros más directamente la idea del genio que las creó; las otras se hacen á nuestra vista, vemos diariamente su progresivo desarrollo y cuando la obra está concluída experimentamos una sensación de tranquilidad porque las calles vuelven á quedar libres ó porque podemos dormir sin que nos moleste el ruido de unos motores antiestéticos.

Cuando vamos en un vagón del Metropolitano no pensamos en los gnomos que al servicio del hada Industria han trabajado en ello, ni en el ingeniero que, rodeado de los signos semicabalísticos del Álgebra, veló por nuestra seguridad y por nuestra comodidad.

Una vez terminadas las líneas que se están haciendo, habrá bajo París y á una profundidad de 8 á 25 metros, 72 kilómetros de vía férrea, para cuya construcción se ha empleado una cantidad de hierro que pesa *sesenta y siete millones de kilogramos*, es decir que podrían construirse siete torres iguales á la de Eiffel y otra un poco más pequeña. Con los materiales extraídos de las entrañas de París se pueden hacer tres pirámides como la de Gizeh que mide 138 metros de altura por 227 de lado, en su base, es decir que se han arrancado *cinco millones* de metros cúbicos de tierra.

Las luchas contra el agua subterránea, contra la roca impenetrable, contra la arena movediza, contra los hundimientos provocados por inoportunas galerías, son pequeñas comparadas con las que hubo que sostener para construir la estación de la plaza de la Ópera, bajo la cual se cruzan tres líneas: primero la línea 3 (puerta de Champerret-plaza de Gambetta) que, entrando por la calle de Auber, sale en dirección de la del Cuatro de Septiembre; debajo de ésta se halla la línea 7 (plaza del Danubio-Hotel de Ville) que entra por la calle de Lafayette y sale por la avenida de la Ópera (hoy en construcción el ramal desde la Ópera al Hotel de Ville) y por último á 21 metros de profundidad está la línea 8 (Auteil-Ópera) que acaba de abrirse al público hasta la estación de Beaugrenelle donde comienzan trabajos á fin de pasar bajo el Sena.

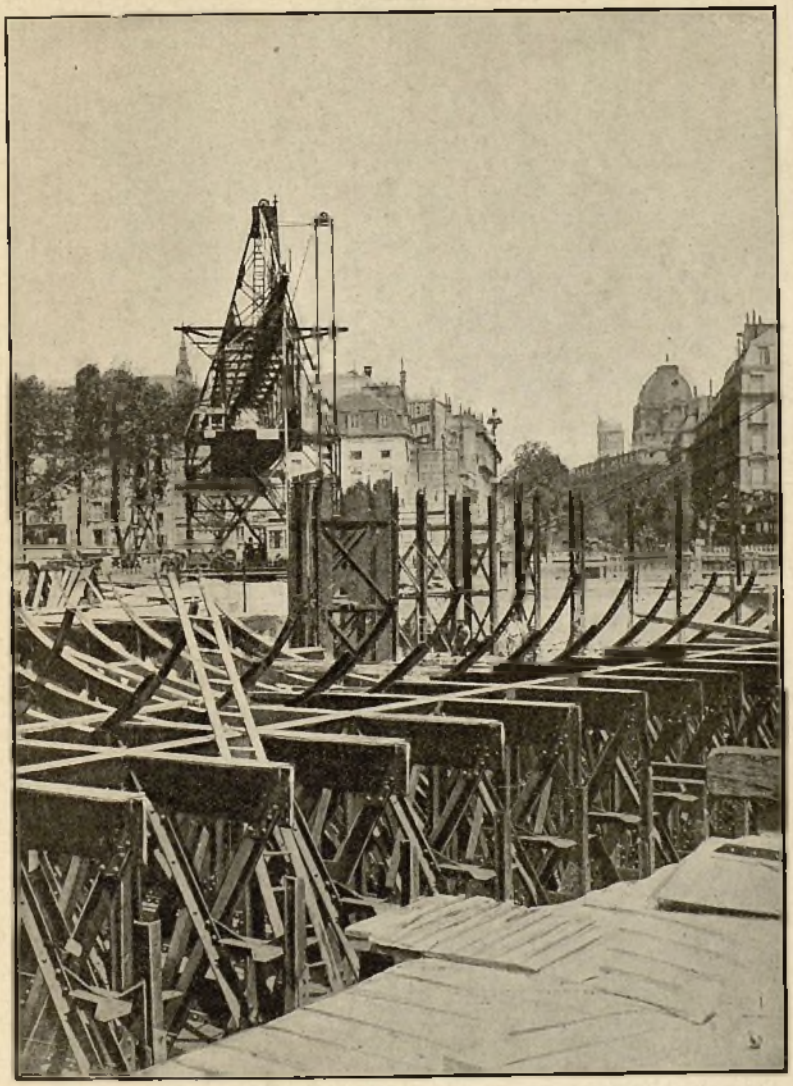
Para hacinar estas tres líneas se hizo un pozo de 22 metros en el cual se construyó una especie de prisma de ladrillo, piedra y cemento de 28 metros de ancho y 22 de alto en el que se verifican los cruces; pero á unos diez metros de profundidad se encontró un verdadero río, procedente de la unión de los arroyos de Menilmontant y Grande-Batelière y hubo que emplear el sistema de cajas metálicas y aire comprimido que se explica después.

La plaza de San Miguel presentaba dos

Ayuntamiento de Madrid

grandes dificultades para construir una estación, que era necesaria. Además de estar ya cruzada por la línea férrea de Orleáns, el terreno es muy pantanoso y se corría el riesgo de un hundimiento; pero los ingenieros encargados de tamaña empresa no se arredraron ante tales obstáculos y pensaron: primero encerrar la estación en una caja metálica y después solidificar el terreno, congelándolo.

Se hizo una excavación de 6 metros, en donde se construyó una caja metálica de 66 metros de longitud que constituye la parte esencial de la estación y que una vez terminada se enterró para siempre. Las escaleras, ascensores y demás accesorios van también encerrados en dos cajas laterales de sección elíptica y de 22 metros de altura. Luego de colocadas en su lugar definitivo se les coronó con dos metros de albañilería y uno de tierra hasta llegar al nivel de la calle.



LA PLAZA DE SAN MIGUEL

Diríase el castillaje de un acorazado en el astillero. Es el esqueleto de la caja que encierra la estación.

Pero sobre el tubo que une una de las cajas laterales de la estación de San Miguel con la de debajo del Sena, pasaba la línea de Orleáns y, como el terreno es muy movedizo, había que terminar la obra endureciendo la tierra en tal sitio.

Como se sabe, el amoníaco tiene la propiedad de absorber el calor de los cuerpos que están en contacto con él, de modo que inyectando amoníaco en la tierra, ésta se enfriará y el frío producido será tanto más intenso cuanto más pronto se repita la inyección, y el terreno se congelará.

Fundándose en esta propiedad se agujereó horizontalmente la plaza de San Miguel y por medio de bombas se hizo circular amoníaco líquido por los agujeros hechos, mientras los nuevos topos trabajaban bajo la línea de Orleáns acercándose al Sena.

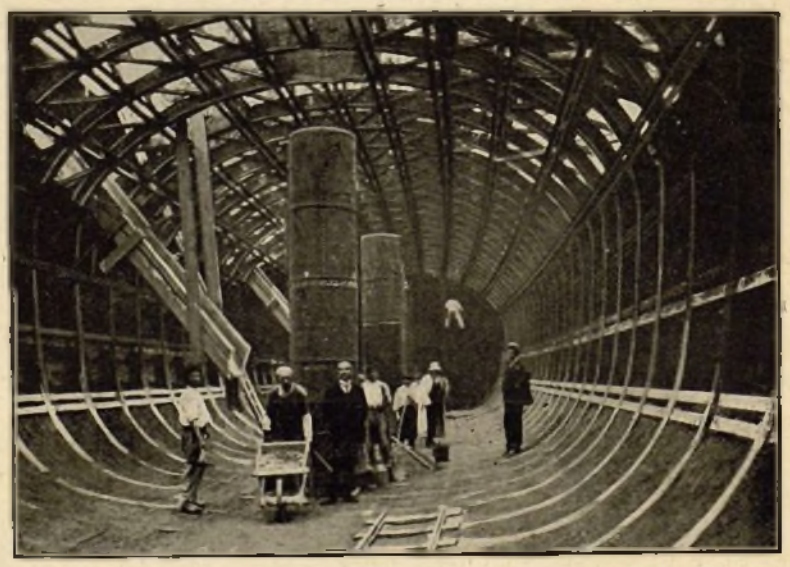
Ayuntamiento de Madrid

LA ISLA DE LA CITÉ

La antigua Lutecia ha visto hundirse poco á poco en sus entrañas esta estación del Metropolitano. La industria moderna comete á veces, terribles profanaciones. La arqueología le da las gracias.

Para pasar bajo el río se pensó utilizar el *broquel*, es decir una especie de sacabocados de acero cuya forma es igual á la del túnel que se quiere construir y que, movido por potentes máquinas hidráulicas se va abriendo camino en la tierra.

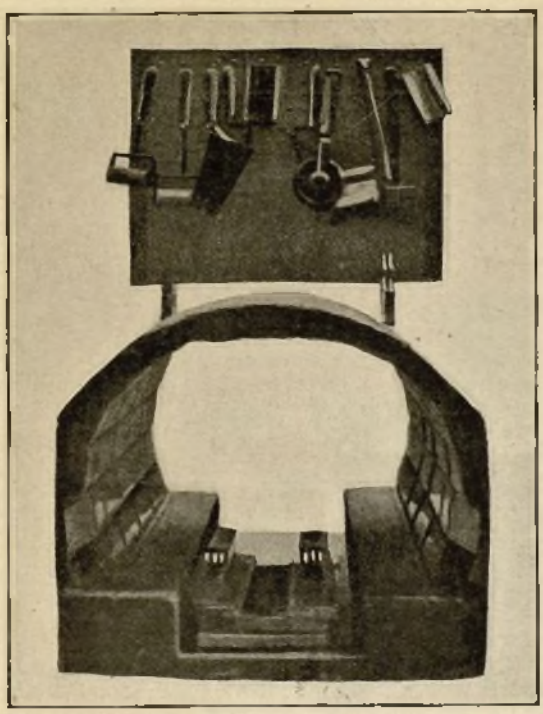
Este procedimiento se empleó por primera vez en Londres bajo el Támesis; pero los ingenieros franceses prefirieron el sistema de cajas metálicas para establecer el paso subfluvial del *Metro*.



INTERIOR DE LA CAJA

El vacío que hay entre estas membranas se llenó de hormigón y se hundió bajo el Sena. En el centro se ven las chimeneas de comunicación con las cámaras de aire comprimido.

Ayuntamiento de Madrid



INTERIOR DE UNA ESTACION
En la parte superior, los útiles de trabajo.

Estas cajas son secciones del túnel en construcción. La empleada entre las estaciones de la Cité y Châtelet tiene 36 metros de larga por 9 de alta y dentro de ella hay otra de 7 metros 30 centímetros de altura que es la que constituye el tubo por donde pasa el tren.

Cuando estuvieron construídos estos dos tubos se les arrojó al Sena, lastrándoles para que se hundieran hasta descansar en el lecho del río. Como éste sólo tiene 4 metros de profundidad en tal sitio, el tubo sobresalía 5 metros del agua, quedando un hueco de 1 metro, 70 centímetros entre el tubo exterior y el interior, hueco que se llenó de hormigón que, solidificando esta camisa de hierro, aseguró su solidez pudiendo resistir un peso diez veces mayor que el que gravita sobre él.

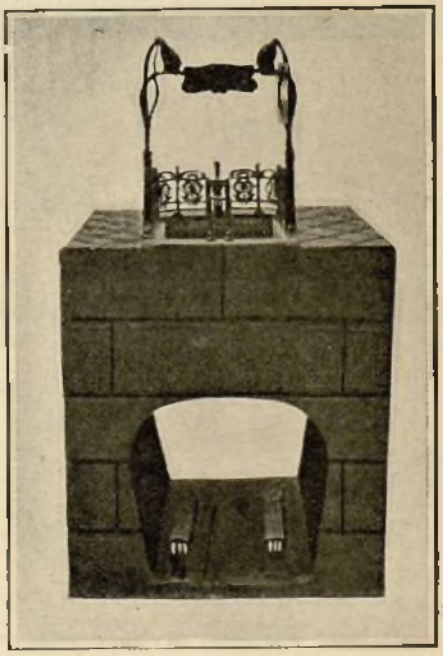
Entre la arista que descansaba en el lecho del río y el túnel propiamente dicho se dejó un espacio de 1,80 de altura y por medio de chimeneas que atravesaban toda la caja, poderosas bombas comprimían en dicho espacio, el aire cuya formidable presión obligó á salir al agua, construyéndose de esta manera una cámara de aire comprimido que permitía trabajar á los obreros con absoluta garantía de seguridad.

Los operarios entraban por las chimeneas (por donde se sacaban también los materiales extraídos) é iban excavando, debajo de la caja, la cual se hundió poco á poco por el peso de su cabeza de hormigón y del agua que se dejó entrar en el tubo interior.

Cuando se profundizó 10 metros, es decir cuando entre el lecho del río y el tubo exterior quedó un metro de tierra, la caja ocupó su lugar definitivo.

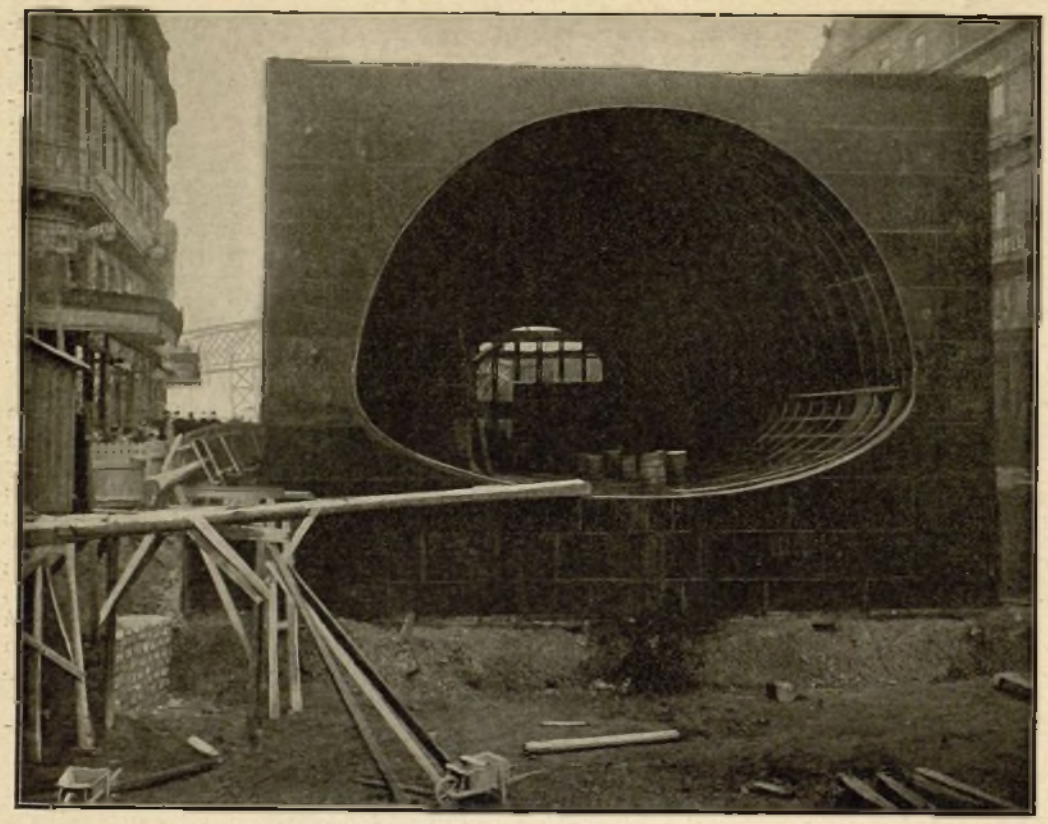
El sistema de entrada y salida en los tubos de acero colocados en la parte superior de las chimeneas y que servían de vestíbulo á las cámaras de aire comprimido, permitía que los obreros fueran experimentando paulatinamente presiones cada vez mayores hasta llegar al sitio del trabajo; de lo contrario eran fáciles los accidentes á causa de la gran diferencia de presión entre la atmósfera libre y la comprimida.

No obstante el Metropolitano ha cos-



CORTE VERTICAL DE UNA ESTACIÓN
Modelo de Metropolitano, realizado por el obrero pensionado B. Diez, y premiado por el Gobierno español.

Ayuntamiento de Madrid



LA ESTACIÓN DE LA PLAZA DE SAN MIGUEL

Tal como estaba cuando se terminó. Después se hundió para siempre.

tado varias vidas; pero ya se sabe que esto es consecuencia de todas las grandes empresas.

Cuando esté completamente terminada la gran obra se formará un museo con todos los objetos encontrados y en verdad que será curiosa la visita, porque veremos cosas que parecían condenadas á estar perpetuamente ocultas. Á veces hay que saludar con respeto á la piqueta.

FRANCISCO VERA.

Ayuntamiento de Madrid

...Ya seguido, ya precedido por mis tres fieles mestizos, salí una noche del fortín...

LA ANGUSTIA

¡Jamás me sentí más cerca de la muerte y fué aquel momento, seguramente, el más angustioso de mi vida!

Y entornando los ojos como para ver su interior y hacer vivir los recuerdos, el coronel Blancas mordisqueaba maquinalmente su bigote canoso.

La historia prometida era personal, de los tiempos heroicos y bárbaros, cuando el general Roca, parodiando al tirano Rosas, marchara á la conquista del Desierto, de esa pampa ubérrima de hoy que da pan al mundo.

— Era subteniente para aquella época..., — continuó el coronel con palabra estropeada, sin mirarnos, como hablándose, — guerreábamos de lo lindo, sin parar, dia á dia... ¡Qué tiempos!

Suspiró aliviándose, y como volviendo en sí, nos miró, se restregó un ojo, compuso su garganta, y con una sonrisa vaga en los labios empezó:

— Estaba en el Fortín Atalaya, el más avanzado de la última etapa, y como los víveres se nos habían acabado y los indios no nos dejaban llegar nada, pasábamos necesidad y á veces hambre. *Cacique*, *Pampa* y *Matrero* mis tres perros mestizos de cimarrón que no me abandonaron en toda la campaña, sufrían como la guarnición los efectos de la carestía, y como yo me precio de buen cazador y á media legua había un pajonal pantanoso poblado de zancudas, decidí, por mis perros y por mí, burlar la consigna y salir en busca de los pajarracos en cuestión.

La hazaña era arriesgada y, si la consigna prohibía terminantemente abandonar

Ayuntamiento de Madrid

solos el Fortín, era precisamente porque tres soldados que lo habían hecho, desaparecieron para siempre, sin duda capturados ó muertos por los indios. A pesar de estos antecedentes, y tal vez atraído por ellos y la tentación de la aventura, mi decisión fué puesta en práctica.

Ya seguido, ya precedido por mis tres fieles mestizos, salí una noche del Fortín con relativa facilidad á pesar de la media luna propicia á la delación y á los ojos de lince de los centinelas, que penetraban en la más compacta tiniebla, como puñales. Llevaba además de mi escopeta, dos revólvers y el sable de ordenanza, lo que unido á mi destreza y á *Cacique*, *Pampa* y *Matrero*, me hacían tan temible ante los indios como una patrulla. Sin embargo y á pesar de confiarme al olfato de mis perros, no hice ostentación de mi presencia, y aprovechando los raros accidentes del terreno y la altura ó abundancia de los yuyos, me deslicé sin ruido hacia los pajonales pantanosos que se alzaban agigantados sobre la gran llanura.

Era verano, y aunque dos días antes nos había caído un furioso aguacero y soplado un pampero de todos los diablos, el calor era intenso y de la tierra todavía húmeda, salía un vaho salitroso y fuerte, olor á fecundidad virgen, á riqueza escondida. Al pie de cada mata, encantando á quién sabe qué beldad misteriosa, los grillos rascaban sus mandolinas metálicas, elevando un concierto estridente que la huella de silencio abierto por mi paso interrumpía. Las luciérnagas se entrecruzaban sobre el fondo semiluminoso encendiendo y apagando sus farolas fosforescentes, y la brisa acariciadora hacía cabecear los florones mal olientes de los arbustos.

Los perros marchaban tranquilos, con las narices á ras de tierra, husmeando aquí y allá, de modo que pronto llegué al pajonal, desde donde se veía claramente la masa terrosa, cuadrada y chata del Fortín, trepado sobre una loma como una tortuga.

... Antes que el pajonal entero fuera un clamor, me eché la escopeta á la cara, y disparé los dos cañones, casi sin apuntar, al bulto.

El pantano era casi laguna á causa de la gran lluvia caída, y las zancudas no tenían más remedio que agruparse sobre los montículos que no cubriera el agua.

Era hermoso y conmovedor el espectáculo de las arrogantes garzas dormidas cerrando interrogaciones con sus cuellos largos, y el de los teros vigilantes que habían oído mis pasos ó presentido á los perros, y que, aún indecisos, volvían la cabeza nerviosamente, prontos á despertar á todo el pajonal con sus gritos de alerta. Grandes esfuerzos hube de hacer

Ayuntamiento de Madrid

...A través de las "tacuaras" y de los juncos, vi cómo avanzaban los caballos crinudos de los salvajes, y cómo éstos apartaban los obstáculos.

Ayuntamiento de Madrid

para contener el instinto y el hambre de *Cacique*, de *Pampa* y de *Matrero*, que querían lanzarse sobre el montículo más próximo, sin esperar un segundo. Mi proyecto era enfilar á tres ó cuatro grupos un poco alejados para que, desparramándose las municiones, hicieran el mayor número de blancos; pero un tero me desbarató todo con su endiablado celo, así que, jugándome el todo por el todo, antes que el pajonal entero fuera un clamor, me eché la escopeta á la cara y disparé los dos cañones casi sin apuntar, al bulto, sobre dos grupos que estaban á cien pasos de mí. El estruendo de las dos descargas fué tan grande, que aves é insectos quedaron mudos de sorpresa y el silencio de la pampa echó su pesado manto sobre todas las cosas. Pero el silencio este duró lo que la sorpresa, y pronto estuvo el pajonal lleno de gritos.

Las descargas fueron felices: un tendal de muertos y heridos hicieron el solaz de los perros que descuartizaban á los unos y ultimaban á los otros, levantando una protesta de plumas bajo la luz lunar.

Los gritos de las aves se fueron alejando hacia el otro extremo del pajonal y á poco el silencio se abatió de nuevo sobre la llanura.

Satisfecho de la escapada recogía mis víctimas con ayuda de los perros, que no temían á la profundidad del agua, cuando noté que éstos daban señales de nerviosidad y preocupación, y acabé por perder mi aplomo. Miré por encima de los altos yuyos y no vi nada; sin embargo, los perros habían abandonado la casi pesca de mi caza, y con las orejas enhiestas y la cabeza en alto, batían la cola y me miraban interrogativamente. Salí entonces de terreno pantanoso y echándome en tierra apliqué el oído. Me pareció oir un lejano rumor, pero no quedé convencido de ello. Los perros se agruparon en mi derredor como para defenderme, y mirando siempre hacia el mismo lado, gruñían sordamente mostrando los dientes.

De lejos llegó el alerta de un tero alborotado y una lechuza siniestra cruzó sobre mi cabeza planeando. Poco después, en el otro extremo del pajonal se levantó un griterío que debió ser aturdidor. Los perros, más nerviosos por momentos, se lengüeteaban la nariz, me observaban y gruñían hacia el fondo del pantano.

La idea de que los indios hubieran oído las detonaciones de mi escopeta y vinieran haciendo una batida cautelosa en el pajonal con intenciones de apoderarse de mí, se encendió en mi cerebro súbitamente, y echando una ojeada á mis armas, me dispuse á morir peleando, como me correspondía.

Pronto tuve la convicción de mi ocurrencia, pues á través de las *tacuaras* y de los juncos, vi cómo avanzaban al paso los caballos crinudos de los salvajes y cómo estos apartaban los menores obstáculos con infinitas precauciones. Me agazapé como mejor pude empuñando los dos revólvers y pasando mis brazos por el cuello de *Matrero* y *Pampa*, mientras mis rodillas sujetaban por los flancos á *Cacique*, el más nervioso de los tres, que parecía querer lanzarse sobre la indiada, tales eran los esfuerzos que hacía para librarse de la presión de mis piernas.

Los indios avanzaban chapoteando el agua de los charcos, único ruido que no podían impedir á sus cabalgaduras, empinando el busto y estirando el cuello para ver mejor, con las bridas en los dientes, la temible flecha envenenada en cruz sobre el arco, y la larga lanza en ristre, pronta á la matanza. ¡Era un espectáculo hermoso y terrible!

Mi gran preocupación era los perros que tenían á su merced mi vida, pues un sólo ladrido me hubiera delatado, y la delación á pesar de todo, era la muerte. *Matrero* y *Pampa* como si comprendieran mi angustia, se conformaban con enseñar los colmillos y gruñir sordamente; pero *Cacique*, furioso á la vista de los caballos crinudos, hacía esfuerzos desesperados por librarse de mí. El corazón me martillaba el tórax, y era tan grande mi sufrimiento moral, que estuve á punto varias veces, de abrir el fuego contra los salvajes. Pero el razonamiento que en tales circunstancias da sólo la falta de semejantes á nuestro alrededor, me hizo comprender lo absurdo de tal propósito y decidí ocultarme hasta último trance. Esta reflexión acrecentó mi angustia al mismo tiempo que mi amor á la vida.

El desfile siniestro de los indios continuaba á cincuenta pasos de mí, y *Cacique* se ponía cada vez más furioso, tanto, que ahogando un ladrido intentó un mordisco á mi rodilla izquierda. El instinto de conservación se agigantó en mí entonces y miré al perro con odio... ¡con todo el odio de mi corazón! Un segundo ladrido,

Ayuntamiento de Madrid

ronco y amenazador, elevó al paroxismo mi angustia, y sin reflexionar, maquinalmente casi, abandoné las armas sin soltar á *Pampa* ni á *Matrero*, con pausa aproximé mis manos al cuello de *Cacique* y en el preciso instante en que abría la bocaza para ladrar, mis dedos crispados se unieron en su garganta como una tenaza dentada; el ladrido fué ronco gemir; el animal se debatió un segundo con desesperación, pero es tal la fuerza que da el miedo, que sucumbió á los pocos segundos, sacudiéndose como en un espasmo.

Matrero y *Pampa* no habían visto nada, ocupados en gruñir y en mostrar los dientes á los salvajes que, esfumados en la luz lechosa de la media luna, cruzaban el pajonal cautelosamente, formando un friso extraño.

Empuñé de nuevo mis armas, y sobre el cadáver de *Cacique*, abrazado á mis dos fieles é inteligentes mestizos, con la garra de la angustia en el pecho, los ojos fijos en la indiada, pasé aún media hora. Cuando el último indio se perdió en la espesura del pajonal y el silencio recuperó su dominio sobre todo el pantano, volvieron á su sitio mis sentimientos, y ante el cadáver de mi pobre perro sacrificado, sentí que una lágrima temblaba en mi mejilla.

ALEJANDRO SUX.

París, julio 1913.

Ante el cadáver de mi pobre perro sacrificado, sentí que una lágrima temblaba en mi mejilla.

Ayuntamiento de Madrid

El "Chic" entre los Negros

¡Lo que hay que sufrir para ser elegante!

Infinitas veces hemos oído todos pronunciar la queja que antecede, y de boca de una dama oprimida por su corsé, convertida en ídolo por sus joyas, los pies martirizados á causa de la excesiva pequeñez del calzado, la piel de la cara corroída por los óleos, y, en fin, prisionera en las telas, lazos y demás abalorios que impone la tradición de la elegancia femenina. Y la dama suele añadir, entre sus piros:

—¡Ah! Si viviésemos en el fondo del África, no sufriríamos estas torturas.

Es verdad, en cuanto al traje, pero no en lo de suponer la ausencia de la moda en tierra de negros. Dicho imperio gobierna con igual despotismo en Mozambique ó el Congo que en el Bosque de Bolonia ó en Hyde-Park. Los relatos de los viajeros abundan en anécdotas que confirman esta afirmación nuestra. Pero bastaría con el cuadro simbólico que ofrecen, el explorador y el indígena frente á frente; y

LOS "SNOBS" NEGROS

En esta galería se encuentran cafres, congoleses é indios; y entre ellos, quién ha emplazado una moneda en su nariz, otros atravesaron sus fosas nasales con agujas; y esa mujer india lleva en la nariz un anillo rico y pesado, que desciende hasta la boca y debe de ser un estorbo para las comidas.

Ayuntamiento de Madrid

BOCAS Á LA MODA... EN EL ECUADOR

Con discos de madera ó metal se han extendido monstruosamente estos labios fantásticos; toda una secta aceptó la novedad, y está muy orgullosa de los resultados obtenidos.

el uno se rie del otro, á causa de los guantes del europeo, y del asador que el negro lleva atravesado á su cinturón, como si fuese una espada del siglo XVIII. ¿Cuál de los dos tiene derecho á reirse más?

Á la cabeza de los martirios inútiles que

MODELO DE PEINADO VARONIL ENTRE LOS CAFRES

se procuran los negros, y para ser elegantes, debe figurar el tatuaje. Porque no son esos tatuajes de la marinería, el corazón atravesado por una flecha, etcétera, sino tatuajes *en relieve*.

El pintor Castellani, que formó parte de la misión Marchand, cuenta lo siguiente :

« Los más extraordinarios tatuajes que yo he podido sorprender en África, son los de las mujeres bangalas, que tienen, desde la cima del cráneo á la punta de la nariz, perlas de carne, con un centímetro de espesor, sin contar con la hojarasca y otros adornos ejecutados igualmente en relieve. En cuanto á las mujeres de la Sangha, cuya piel se asemeja al cuero cordobés, llénanse de arabescos y otros motivos de decoración, excepto en el rostro. Algunas llevan en el pecho y la espalda unas rayas transversales y *hongroises*, lo que les da el aspecto fantástico de unos húsares negros. Sólo á costa de un esfuerzo largo y doloroso se obtienen tan exquisitos resultados. Los artistas se sirven, para hacer estos bajos relieves, de

LA REPLICA DEL CONGO

unas espátulas de hierro muy cortante. La coquetería obliga á soportar el suplicio con un estoicismo admirable.

« Algunas mujeres, añade Castellani, trá-

Ayuntamiento de Madrid

zanse en la frente rayas perpendiculares y otras paralelas á las cejas, con negro compuesto de aceite y carbón, mezcla que debe doler enormemente al permanecer en largo contacto con la piel. Se liman los dientes. Hasta hace poco tiempo se creía que estas eran las últimas manifestaciones del canibalismo. ¡Pues, no: son las primeras pruebas y coqueterías de la civilización!»

El tatuaje por incisión se practica con simple picadura de aguja, ó haciendo que penetren en la piel unas tijeras afiladas, ó una serie de dientes, como en la operación del *moko* practicada en la Polinesia.

Allá, la operación es extremadamente peligrosa. Los elegantes y los *snobs* que se aventuran á ella, corren peligro de muerte, y en el caso mejor, sufren lo indecible. El operador comienza por dibujar los contornos: luego toma unas tijeras ó un trozo de concha de tortuga con dientes recortados. El operador trabaja en la piel humana como si grabase en madera. La sangre corre. Se seca con un pincel, y se pone el color, que se compone de carbón y de maganeso, disueltos en el agua.

Los langunurianos de las Carolinas, llevan en la cara dibujos de peces y signos que revelan la isla donde viven; he aquí unos mapas ambulantes. Los taitianos, adornan su pierna derecha y el interior de las manos con animales diversos. Algunos trazan en su cuerpo cocoteros y hasta la representación completa, con paisaje y todos los personajes, de un sacrificio humano.

Entre los sakas, en el África central, las mujeres tienen completamente rapada la cabeza. Se hacen tatuar en el pecho una cruz de Malta que va desde el ombligo á la garganta. En el curioso libro que la duquesa de Uzés ha formado con las cartas de su hija, encontraremos curiosidades de la moda en el Congo. Entresacamos algunos detalles.

LAS TORTURAS DE LA MODA EN EL CONGO, SEGÚN UN VIAJERO

«Los batekes forman con sus cabellos y hasta con su cuero cabelludo, una especie de bonete con trazas de corona. Yo he visto uno cuya testa estaba rapada, excepto en la línea media, cuyas crenchas evocaban un casco de bombero.

«Los bondjios se arrancan los cuatro incisivos superiores. Tienen agujereada la oreja derecha y se cuelgan adornos de una dimensión fenomenal. Yo conozco uno que lleva en la oreja una caja de confitura. ¿Cuándo podría soñar una caja de confitura en convertirse en pendiente?

«Las mujeres llevan en el cuello adornos de cobre rojo; por ejemplo, unos círculos horizontales de diez centímetros de alto en torno á otro círculo pequeño, del mismo metal.

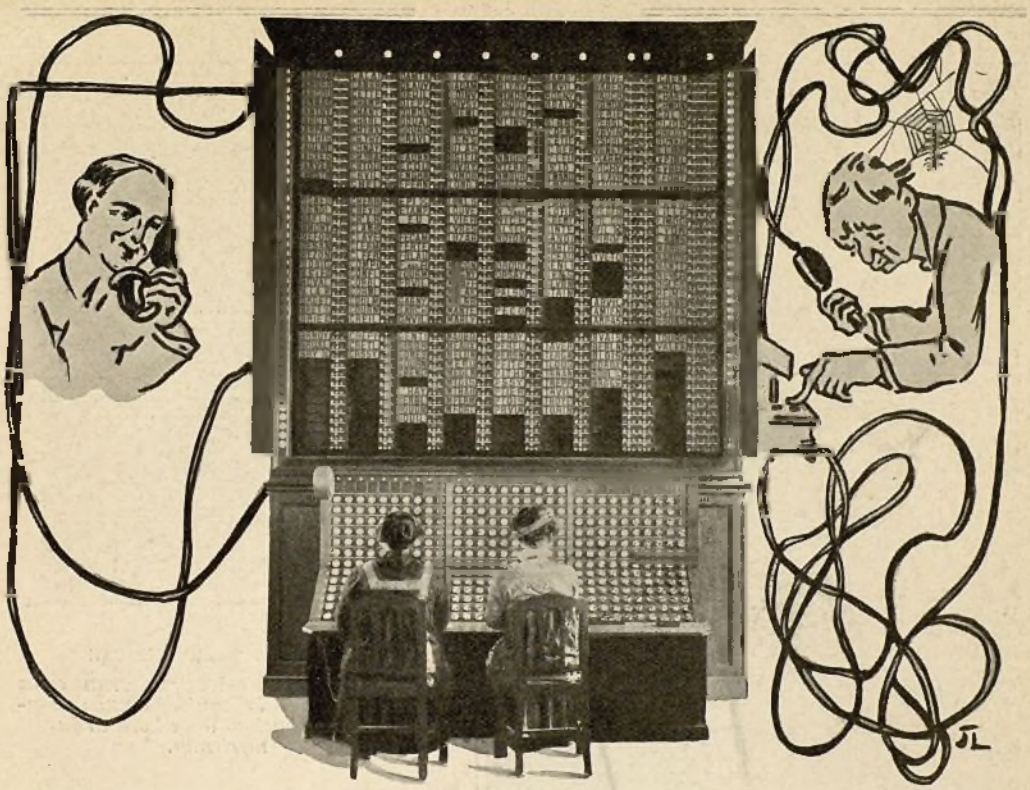
Octavio Mirbeau, en el *Jardín de los Suplicios*, no ha imaginado torturas que se pudiesen comparar á las sufridas por los javaneses. Jóvenes románticos, que bebéis secretamente vinagre para enflaquecer, escuchad esto: los javaneses, con el fin de ser esbeltos, comen tierra, una arcilla que se cuece y enrrolla en cuernecillos. Se llama *ampo* y se vende en todos los mercados. El *ampo* seca la lengua y hace perder el apetito; conduce insensiblemente á una muerte prematura. Es el éter y la morfina de allá abajo.

No olvidemos en esta enumeración á los aymaras peruvianos, que comprimen el cráneo de sus chicos para darles la forma aguda, que entre nosotros, caracteriza á los cretinos. En Malasia, la madre ó la asistente comprimen la nariz del recién nacido hasta que el cartílago se rompe. El África central es un maravilloso campo de observación. Las mujeres *togbas* llevan en el labio inferior largas y agudas agujas de cuarzo, pulimentadas gracias á una pacienzuda frotación en la tierra ferruginosa. En sus narices lucen luengas pajas verdes, comparables á antenas, ó simplemente... botones de pantalón. Podríamos seguir enumerando las rarezas de la moda entre los negros, pero creemos suficientes los ejemplos ofrecidos en este artículo.

***

Otro peinado de fantasía, avalorado en la frente por relieves en la carne misma.

Ayuntamiento de Madrid



Frente al tablero de comunicaciones, las muchachitas pasan las horas, interminables, que procuran distraer con las mutuas confidencias de sus secretillos.

EL PARÍS QUE TRABAJA

París florece bajo una red de hilos telefónicos, y se puede decir que de uno á otro extremo no se oye más que el consagrado llamamiento «¡Allo! ¡allo!» es decir, nuestro «¿Central?» ó «¿quién habla?» lo que indica que los parisienses no tienen necesidad de que les pongan unos granos de cebada en la tablilla del aparato para aproximarse y hablar, como cuenta el P. Coloma de cierto antiguo ministro, que sin conocimiento alguno, y sólo por su fortuna, había llegado á ocupar puesto tan importante.

Por lo general, el abonado primerizo se acerca sonriente al aparato, pensando que en la otra extremidad del hilo se encuentra una joven, que el pensamiento ve necesariamente linda. Y con inflexiones de voz suavísimas, comienza:

—¿Señorita? ¿Sería tan amable que me diese el número doscientos cuarenta y dos?

—¿ ... ?

—Sí, el 242 ¿entiende usted? dos veces uno, cuatro y dos; la mitad de cuatro, el doble de dos, uno más uno.

Porque los franceses son capaces de volver loco al más cuerdo con su manera de doblar y desdoblar los números, á fin de facilitar las dificultades fonéticas del idioma, que á veces obliga á perder horas enteras en el teléfono.

—¡Allo! ¡allo-o-o! ¿Señorita?

—¿ ... ?

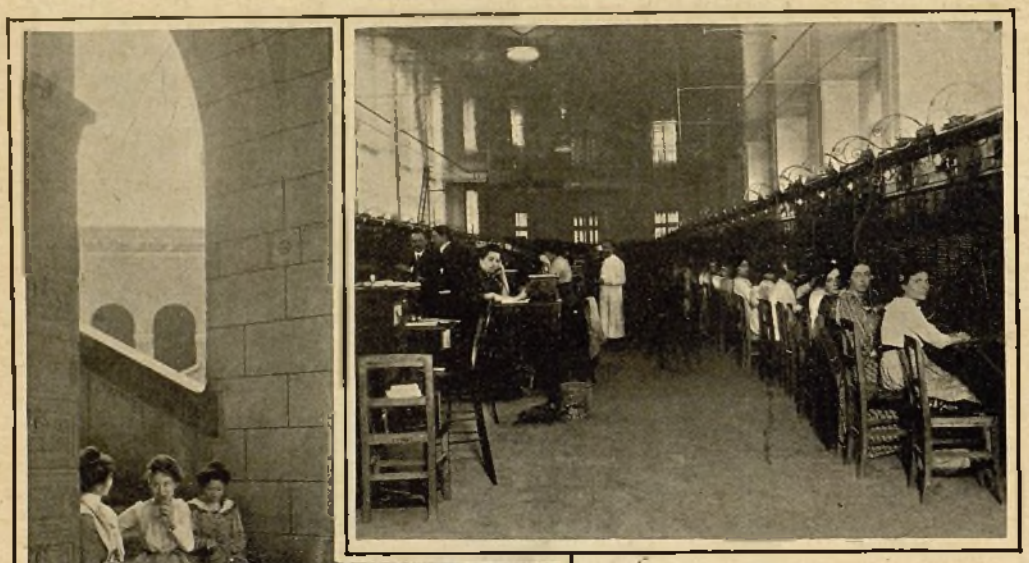
—Sí, señorita ¡le pido el doscientos cuarenta y dos!

— ...

—Eso es, muchas gracias... No, sólo esperé un cuarto de hora.

Transcurre un buen rato, y por fin el timbre eléctrico despierta al abonado, que se precipita sobre los auriculares, dichoso de haber obtenido la comunicación pedida.

Ayuntamiento de Madrid



SALA DE TELEFONISTAS

¡Cuántos ensueños encierran estas cabecitas! — A la izquierda, unas cuantas muchachas á la hora de la merienda.

LA SALA DE LAS TELEGRAFISTAS

—¡Allo! ¿El doscientos cuarenta y dos? ¿Hablo con monsieur Mouton?

— ¡¡¡ ... !!!

—¡Cómo! ¿No es el doscientos cuarenta y dos? ¿Se han equivocado de número!

Y otra vez.

— ¡¡¡Allo!!! ¡Señorita ó diablos! ¡le pedí el doscientos cuarenta y dos, el dos-cientos cua-ren-ta y dos!

Del otro lado del hilo telefónico, la telefonista refunfuña contra este abonado que vino á interrumpir sus confidencias, los secretillos que comunicaba á su más inmediata compañera, pero termina por darle la comunicación.

Si se pusiera á votación el proyecto de la supresión de las telefonistas y telegrafistas, aun los más irritados, votarían incuestionablemente por el mantenimiento de las muchachitas, que en verdad sea dicho, y salvo raras excepciones, cumplen lo mejor que pueden con su cometido. Y además, siempre será grato para el abonado que una voz femenina le avise que el 121 le espera en el teléfono, porque á veces el 121 supone una nueva credencial, ó el aviso de un buen negocio.

¡Es tan agradable soñar, aunque sea con el auricular en la mano y á lo largo de un hilo telefónico!

A. M.

Ayuntamiento de Madrid

En el reino de las mariposas

Cuando la naturaleza florece, no sabe detener su marcha, y así como en los cataclismos que afligen á la humanidad parece que se complace en destruirlo todo, á la llegada de la buena estación, las plantas germinan esplendorosas y rientes, engalánase el campo vivificador, y hasta de la más diminuta roca despréndese el grato aroma de una flor silvestre que se refugió en ella.

Pero las plantas no cambian de lugar, y, al poco tiempo, el más ardiente admirador de la naturaleza no puede menos de lamentar y sentir el aburrimiento de esas inmensidades polícromas en las que únicamente el viento, de vez en cuando, agita los tallos y boscajes, mudos testigos de nuestras meditaciones, impasibles espectadores de nuestros regocijos. Y por eso poetas y prosistas, al cantar la belleza del campo, no pudieron olvidar á sus alados moradores, ni los cuchicheos de la fontana y del arroyo, ni el rumor de las hojas estremecidas por el aire de la montana, cuanto rompe, en fin, el silencio de la inmensidad monótona y medrosa.

Cuando el hombre se refugia en el campo, generalmente lo hace después de haber perdido la mayoría de sus ilusiones, cuando la edad le invita al reposo ó una gran preocupación le hace buscar el aislamiento favorable á toda meditación, y si como un nuevo Robinsón no tiene un loro que repita sus palabras, complácese en oir el gorjeo de la primera avecilla que complacientemente le tenga compañía.

La mariposa, rayo consolidado de sol, chispa deslumbradora que propaga el incendio de sus alas de flor en flor, hija del día, de breve existencia, pedrería de los ojos, no canta, mas parece que no ha venido al mundo sino

Ayuntamiento de Madrid

para coronar la obra mágica de la primavera. Diríase que la riente diosa, una vez terminado su trabajo, sacude el tenue manto que la cubre y hace escapar de él miriadas infinitas de mariposas, que esparciéndose por los campos y ciudades rememoran al hombre, abrumado por la tarea cotidiana, que ha llegado el momento de reposarse, para contemplar el resultado de su tenacidad y recobre las fuerzas que necesitará en la próxima estación.

Mientras que los grandes animales se nos aparecen gro-

LOS MOSQUETEROS DE LAS FLORES

Diríase que la riente Flora, una vez terminado su trabajo, sacude el tenue manto que la cubre y hace escapar de él miriadas infinitas de mariposas, que esparciéndose por los campos y ciudades, rememoran al hombre, abrumado por la tarea cotidiana, que llegó el momento de

Ayuntamiento de Madrid

seros bajo sus pieles ó plumas, los pequeños seres como la mariposa rutilan toda la harmonía del color, y en su pequeñez misérrima los insectos fulguran en la obscuridad como si los fuegos solares que los acariciara á su nacimiento estuviesen aprisionados aún en sus cuerpecitos de terciopelo.

Como el pensamiento, la mariposa, durante un breve período de su existencia, encuéntrase inmovilizada en una sucia envoltura, pero muy pronto un rayo solar más ardiente la liberta y, frágiles, despliega sus alas,

reposarse. He aquí sus nombres, de izquierda á derecha: Pyrale, Manchaón Timeles, Paón de día, Papsilio de Children, Esfinge del laurel rosa, Pequeño paón de noche, Mariposa de la pobata, Esfinge cabeza de muerto y Calimorfa.

Ayuntamiento de Madrid

gozosa de remontarse en el cielo, del que parecen una sonrisa.

Su existencia no puede ser más gloriosa, y por encima de la fiesta del trabajo, cuando la labor de la vendimia y de la siega están á punto de terminarse, vibran sus alas de reflejos de oro y pedrería, y locamente remontan las colinas y atraviesan los valles.

Demasiado ardientes para vivir largo tiempo, casi no comen, embriagadas por su belleza, y si se posan sobre los pétalos de las flores del camino, raramente introducen su frágil trompa en las corolas, porque cuando lo hacen es más bien para perfumar su cuerpo con los aromas de la rosa, que en vano intentaría competir con ellas en brillantez de colores; del tomillo, recuerdo de su paso por lugares poco frecuentados y agrestes, ó de los claveles, que alguna vez fué á buscar en el encintado tiesto que una obrera joven colocó en la ventana de un sexto piso.

Algunas mariposas, hasta care-

CHISPA DESLUMBRADA QUE PROPAGA EL INCENDIO DE SUS ALAS DE FLOR EN FLOR

Hijas del día, de breve existencia, no cantan, mas parece que han venido al mundo para coronar la obra mágica de

Ayuntamiento de Madrid

cen de todo órgano de nutrición, pero su ventura no mengua, y libres de toda preocupación material, tornan en círculos infinitos en el azul, hasta perderse en el cielo, ó rasan la tierra avivando la codicia de un muchachuelo juguetón, que corre locamente tras ellas, hasta atraparlas. pero su nerviosismo le hace á veces cerrar la mano bruscamente, y, en donde creyera encontrar el más lindo juguete, no halla sino polvo palpitante.

A veces estos frágiles seres han hecho correr los mayores riesgos á los zoólogos apasionados, que como locos chiquillos corrieron á los países tropicales, en donde tenían la certeza de encontrar las más lindas; no siendo raro que algunos de ellos perecieran víctimas de los rigores del clima propios de tales regiones, ó asesinados por las tribus salvajes del país.

Los nombres que los sabios dieron á estos seres de luz no pueden ser más halagadores, y así vemos figurar co rrientemente los vocablos *Aurora, Marte, Gran Nacarada, Apolo*, y en sus vitri-

la primavera. Las mariposas que figuran en estas dos páginas, son las siguientes : de arriba á abajo Moris, Marte. La franja de la parte superior está formada por la Zygœna, Mhias, Thecl Jasius, y después, á la derecha, en la superior, as Esfinges del laurel rosa, abajo las Grandes tortugas.

Ayuntamiento de Madrid

nas supieron reservarles el puesto de honor, porque ¿qué otro ser podría comparársele en belleza? Además, su fragilidad nos atrae, su breve existencia no puede menos de entristecernos y el mariposeo de sus alas deslumbrarnos.

Como el chicuelo travieso que corre tras la mariposa que le acariciara el rostro cuando jugaba con otros amiguitos, el sabio persigue su quimera con ardor, pasando horas y más horas al acecho. Y es que uno y otro tienen la misma alma, capaz de abismarse momentáneamente en la contemplación de la naturaleza, y es que uno y otro son infantiles, sólo diferenciados por la cantidad de conocimientos que poseen y por la mayor ó menor sagacidad que despliegan en sus inocentes cacerías.

Aunque por lo general la mariposa es de dimensiones diminutas, y especialmente la que los europeos están acostumbrados á ver, existen ejem-

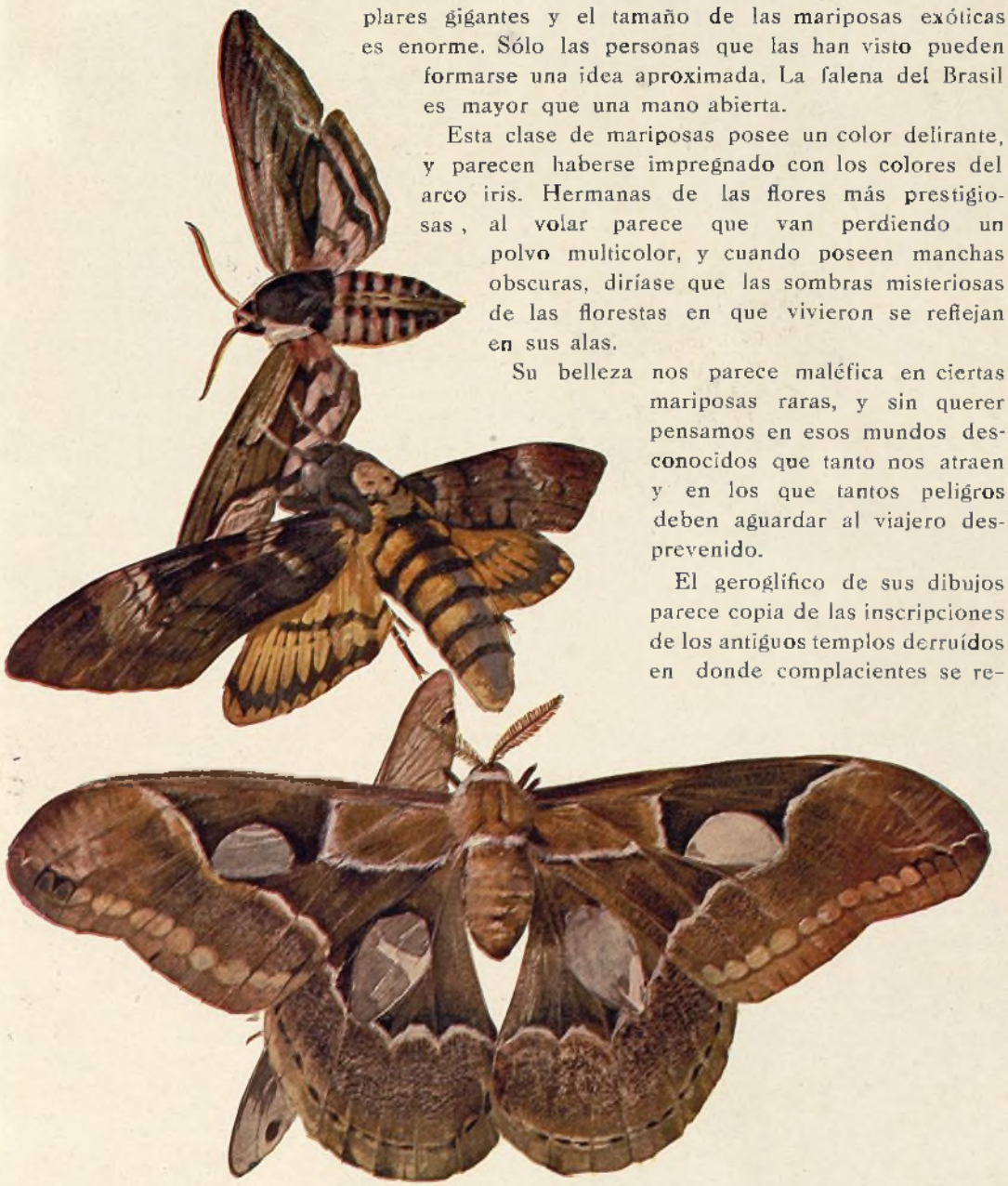
Ayuntamiento de Madrid

plares gigantes y el tamaño de las mariposas exóticas es enorme. Sólo las personas que las han visto pueden formarse una idea aproximada. La falena del Brasil es mayor que una mano abierta.

Esta clase de mariposas posee un color delirante, y parecen haberse impregnado con los colores del arco iris. Hermanas de las flores más prestigiosas, al volar parece que van perdiendo un polvo multicolor, y cuando poseen manchas obscuras, diríase que las sombras misteriosas de las florestas en que vivieron se reflejan en sus alas.

Su belleza nos parece maléfica en ciertas mariposas raras, y sin querer pensamos en esos mundos desconocidos que tanto nos atraen y en los que tantos peligros deben aguardar al viajero desprevenido.

El geroglífico de sus dibujos parece copia de las inscripciones de los antiguos templos derruídos en donde complacientes se re-



Su existencia no puede ser más gloriosa, y por encima de la fiesta del trabajo, cuando las labores de la vendimia y de la siega están á punto de terminarse, vibran sus alas de reflejos de oro y pedrería, y locamente remontan las colinas y atraviesan los valles. En la página de la izquierda, de arriba á abajo, se ve la Mæra, la Helicoine Leptalis, Ornithoptera Brookeana, Coliada, Urania, la Gran Ninfa, y en esta página, la Esfinge de cabeza de muerto y la Esmerinto cuyas alas desplegadas parecen reflejar el color dorado de los campos de trigo sobre los que habitualmente vuela.

Ayuntamiento de Madrid

EL CAPRICHO DE LOS NIÑOS.

Thais, de alas recortadas, Manchaón de largos apéndices, ¿cuántas carreras no habréis hecho emprender á los rapaces?

fugian. Y en las alas de fondo obscuro diría verse las manchas de luz amortiguadas y vacilantes que brillaban en los oficios de Isis. que las nubes de incienso deformaban fantásticamente.

Tales temores no pueden subsistir, y la mariposa, aunque en sus alas muestre colores extraños, aunque el brillo azulado y metálico de sus élitros nos hagan pensar en los mundos desconocidos. en las florestas medrosas, siempre nos atraerá este insecto, porque es indicio de buen tiempo, porque anuncia la abundancia, y porque siempre nos rememora nuestros más tiernos años. aquellos en que libres de preocupaciones corríamos por el campo en busca de frutas y mariposas, á las que fría y cruelmente atravesábamos el cuerpo con un alfiler.

A. Muñoz Pérez.

Ayuntamiento de Madrid

LA CONDESA DE GRAMMONT

Suave y prócer, como si hasta en la evocación avanzase sobre blandos tapices, y antes de posarse en el retrato nos hiciera una silenciosa reverencia, es la figura de esta bella condesa de Grammont.

LONDRES ROMÁNTICO

Mujeres de antaño

Sin embargo de que sus retratos están dispersos en las pinacotecas, cuando las recordáis os aparecen cogidas de las manos, enlazadas como las siluetas armoniosas de los frisos de mármol, ó sucediéndose rítmicamente como una teoria mítica sobre el fondo borroso de las generaciones desaparecidas. Y aunque sabéis que vivieron distantes en el espacio y en el tiempo, vuestra imaginación las reúne como á sacerdotisas de un mismo culto encantador. Sobre la crónica épica de los reyes y de los caudillos, sobre la historia opaca de las multitudes plebeyas, creéis verlas deslizarse, frívolas y terribles, armadas del irresistible poder de la belleza y de la gracia. Y el recuerdo de estas mujeres, de las que apenas conocemos la sonrisa bajo la pátina de los lienzos antiguos, ¿no es como una victoria de las formas efímeras sobre la fuerza destructiva y obscura que parece gobernar el mundo?

De los teatros y de los museos de Londres os lleváis la visión de unas cuantas figuras femeninas que la admiración de las multitudes ha ungido con la más envidiada de las soberanías. Hay algo de religioso en la adoración con que tantos millares de almas se tornan hacia ellas. Hasta para las bellezas de hoy el sentimiento colectivo es hondo y puro; y en la emoción con que la muchedumbre de gentes mediocres las contempla seria fácil remover un sedimento de tristeza inconsciente. Pero, si sois poetas, las bellezas de antaño os atraerán aún más, por el prestigio de la lejanía.

En la historia de Londres, la vida de

Ayuntamiento de Madrid

LA CONDESA DE SHRESWSBURY

La vida de la condesa de Shreswsbury, digna de la pluma de Arsenio Houssaye, cabe en un madrigal.

Nelly Gwyn, por ejemplo, ¿no es como un cuento de hadas? Un cuento sucesivamente simpático, pecaminoso y edificante al final. Su padre vendia legumbres por las calles fangosas de la City. Y Eleonora, que era entonces una chicuela impúber, secundaba el negocio paterno ofreciendo naranjas, por las noches, á los espectadores del Teatro Royal. Con frecuencia dormía en el atrio para escapar á la rapacidad de su madre, que solía beberse íntegros los productos del mezquino comercio. La iracunda matrona cayó al rio una noche. Y Nelly, acongojada por la definitiva ausencia de su progenitora, pero acuciada por el hambre, fué á vender sus manzanas y sus naranjas aquella noche, como siempre. Un truhán que salia de la escena vióla gimoteando.

— ¿Por qué lloras? — la interrogó.

— Se me ha muerto mi madre.

En vez de darla una limosna ó un consuelo, el histrión consideróla un instante. La faz irregular, más cómica que linda, infantil y famélica, los ojuelos ávidos de reir bajo las lágrimas, los cabellos rojizos, como de cobre al sol...

— ¿Quieres cantar en el teatro? — le propuso.

El ensueño se hacía realidad en boca del payaso. Y un mes después Nelly trocaba sus harapos por los de comedianta. Salió á cantar una canción satírica que conservan las crónicas del tiempo: la canción del «Sombrero tan grande como la rueda de un coche». Fué, en su primera noche, osada hasta sonreir al rey Carlos II, que asistía á la fiesta con otros caballeros. Y tres días más tarde, la traviesa chiquilla conoció el perturbador encanto de los regios madrigales. Los ministros venían á besar el diminuto pie que unas semanas antes había chapoteado en el fango del arroyo. La duquesa de Portsmouth, rival vencida, lloraba consultando á las quirománticas. Los poetas hicieron á Nelly sátiras y sonetos ardientes. Las damas de la Corte copiaban sus vestidos. Madama Sevigné, que la conoció incidentalmente, habla de ella en una de sus cartas. Tenía un vocabulario procaz y un corazón donde habian hecho su nido las virtudes cardinales. El pueblo la injuriaba y la adoraba. El rey quería despreciarla y no pudo vivir sin ella... Su vida, como la de los jóvenes héroes, fué breve, gloriosa y tumultuosa, y acabó en un solemne *De profundis*. Está enterrada en la iglesia de San Martin-in-the-fields, que nosotros diriamos San Martin de los Campos. Y uno de sus hijos fué el duque de Saint Albans. Y uno de sus nietos fué el obispo James Beauclerck, que ciñó la mitra en 1746.

Suave y procer, como si hasta en la evocación avanzase sobre blandos tapices, y antes de posarse para el retrato nos hiciera una silenciosa reverencia, es la figura de esta bella condesa de Grammont que á vuestra vista acaricia un cordero: Isabel Hamilton, la blonda hija del conde de Abercorn, á la que el libertino aristócrata

Ayuntamiento de Madrid

francés hubo de desposar mal de su grado. Su hermano fué al alcance del seductor; Grammont, pretextando haberse reconciliado con el rey de Francia, había salido de Londres para Calais.

— Caballero de Grammont — le advirtió Antony Hamilton deteniéndole, — ¿no habéis olvidado nada en Londres?

— Sí, á fe mía — replicó el conde con presteza: — me he olvidado de desposar á vuestra hermana.

Volviéronse ambos al instante. Sin tardanza celebróse la boda; dicen que para su *Mariage forcé* se inspiró Molière en esta anécdota.

Como Nelly Gwyn era la gracia popular, Isabel Hamilton era la gracia cortesana. No intrigó más que por amor y todas sus intrigas tuvieron un dulce desenlace. En las Memorias de Grammont se habla de ella apenas. Y aunque es cierto que pecó mucho, sus pecados fueron discretos; sólo el encanto de su belleza inocente y señorial ha llegado á nosotros, nostálgico y sugeridor como un antiguo perfume.

Si la vida de la condesa de Shreswsbury, digna de la pluma de Arsenio Houssaye, cabe en un madrigal, la de Sarah Jennings es toda una epopeya. La de Shreswsbury amó: Sarah Jennings, duquesa de Marlborough, fué amada. Marlborough, lo sabéis, es el *Mambrú* de esas canciones que las niñas de España suelen cantar en las tardes primaverales, cuando juegan al corro bajo las alamedas de provincias. Por la voluntad de esta mujer bella y altiva fué Marlborough tantas veces á la guerra «sin saber cuándo volvería», como llena de melancólica ternura dice la canción infantil. Era una damisela sin fortuna y entró al servicio de la reina Ana, cuando ésta todavía no pensaba en la posibilidad de ocupar el trono. Tenía la frente despejada y obstinada, los ojos azules y fríos, dominadora la expresión, una de esas gargantas mórbidas y suaves hechas para la caricia de las perlas, y á las que, por hábito morboso, siempre asociamos el recuerdo de la guillotina. Pronto fué dueña de su regia señora. Con hipótesis vituperables y absurdas explicaban los libelistas de la época su privanza, que duró largos años. De simple coronel, John Churchill, su marido llegó á mariscal de campo; de hidalgo aventurero á duque de Marlborough, de soldado de fortuna á señor avaro y opulento. Intimidada ó humillada, la reina despidióla al fin. Salió de palacio sin lágrimas, vencida, pero no abatida por los odios que había despertado. ¡Tan linda, sin duda, pero más altanera que linda y más ambiciosa que altanera! Su energía jamás flaqueó, su actividad estuvo en perpetuo insomnio. Fué honesta con aspereza, virtuosa con altivez; más que una mujer, una fuerza misteriosa é irresistible que había tomado, por azar, carne femenina.

Y la vida de Emma Hamilton, ¿no es como una novela ó una fábula tejida sobre

NELLY GWYN

El pueblo la injuriaba y la adoraba, el rey quería despreciarla y no pudo vivir sin ella... Su vida, como la de los jóvenes héroes, fué breve, gloriosa y tumultuosa, y acabó en un solemne "De profundis".

Ayuntamiento de Madrid

el cañamazo de la historia verdadera? Sería preciso la musa de Ovidio para cantar todas sus metamórfosis. Sirviente en la adolescencia, diosa de la Salud en un cortejo carnavalesco de bellezas mercenarias y desnudas, amiga de Grenville y de sir Hamilton, embajador inglés en Nápoles, y su legítimo esposo al final, de todas las abyecciones su gentileza y su belleza salen intactas. Y en la perspectiva heroica y sombría de la época de la Revolución y de las guerras imperiales, aparece su silueta infantil, ingrávida, tan felina, tan femenina, tan insinuante en sus intrigas políticas como en aquella danza del chal de que Gœthe la recordó siempre, y en la que sólo madama Recamier podía rivalizar con ella. Una reina, María Antonieta, la besó conmovida al verla por primera vez. Otra reina, María Carolina de Nápoles, era su confidente y su amiga apasionada. Y precisamente en las noches de Nápoles, llenas de estrellas, nació su idilio con Nelson. Y de su amor por el glorioso almirante, como no lo ignoráis, halló medio de que la flota inglesa se repostara de agua en la costa del reino de Nápoles, por merced de la reina Carolina. Sin tal licencia hubiérase dirigido á Inglaterra y españoles y franceses no habríamos sido derrotados en Trafalgar... Y cuando muere el esposo y el amante ilustre y adorado tampoco es de este mundo, la opulencia de los días pretéritos se desvanece como por un conjuro. La turba de los acreedores insolentes la persigue. La reina amiga de los años felices no responde á las cartas angustiosas. La miseria llama á la puerta de su hogar sin fuego y sin amor. Los esbirros de la justicia, una mañana neblinosa, la encierran en la prisión de los deudores. Y la carne de seda y de rosas de otro tiempo, conoce la dureza de los jergones carcelarios. Un judío piadoso la liberta. Ya es una sombra, un fantasma lamentable que ni siquiera llora, muda de espanto. Huye á Calais para estar cerca de la vieja Inglaterra. Es 1813. Los tambores de Napoleón todavía atruenan por Europa. Pero la vida de Emma se apaga ya porque su época ha pasado. Y una tarde de lluvia, con nubarrones plomizos en el canal, la tierra húmeda cae sobre su ataúd de madera, mientras un clérigo aterido y apresurado reza los últimos responsos...

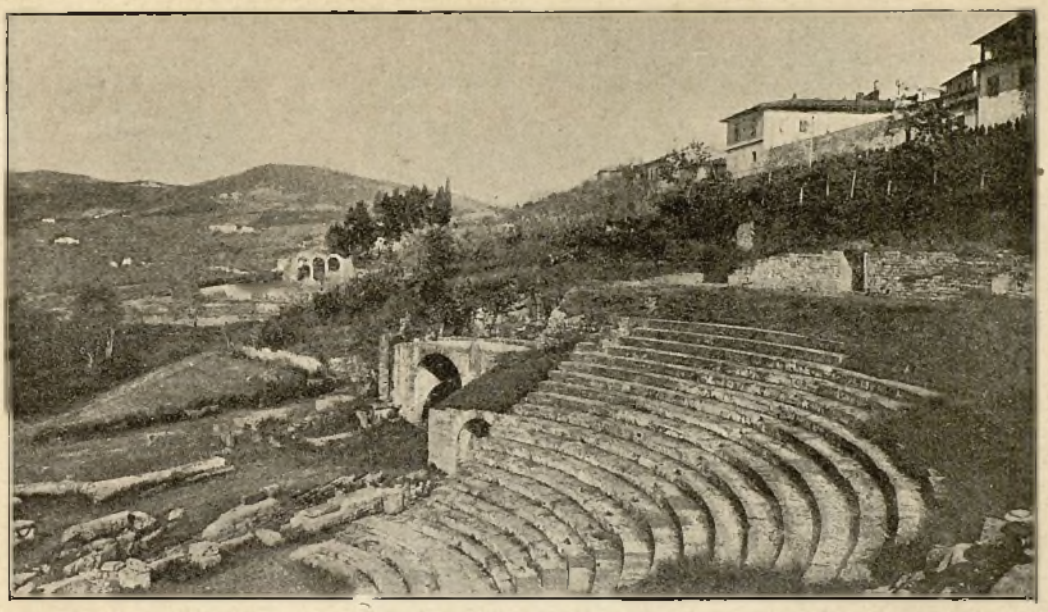
JUAN PUJOL.

Londres, noviembre.

LA DUQUESA DE MARLBOROUGH

Tenía la frente despejada y obstinada, los ojos azules y fríos, dominadora la expresión; una de esas gargantas mórbidas y suaves hechas para la caricia de las perlas, y á las que, por hábito morboso, siempre asociamos el recuerdo de la guillotina.

Ayuntamiento de Madrid



Ruinas del anfiteatro romano de Fiesole donde, hace siglos, hombres enamorados de la belleza conocieron, bajo la dulzura del cielo toscano, el consuelo de ser artistas. Disipáronse las estrofas sonoras y magníficas, y hoy sólo queda algo como el sollozo del granito, algo como un sudario de hierba.

LEONARDO SE ASOMABA Á ESA TERRAZA

Ocurre, á veces — porque nuestra psiquis inquieta y voluble así lo exige — que en plena ciudad venerable de ruinas y de obras de arte, se siente afán invencible de huir lejos, hacia la Naturaleza siempre lozana, que cuenta su vida por primaveras...

Para el viajero, — hurón que se adentra en todo relicario histórico, bárbaro infatigable que sube, baja, husmea, examina, compra catálogos y postales, y recorre itinerarios absurdos y peligrosos desde el restaurant al Museo, desde la Basílica al café, — para el viajero un poco sensitivo y piadoso consigo mismo, llega á constituir una tortura la hartazón de cuadros, estatuas, artesonados, ventanales, capiteles, palacios, torres, salones, frescos y retablos...

Sí; se quiere, por un momento, huir de este cementerio de hermosuras, de este mundo elocuentísimo, caótico, magnífico, que llega á abrumar... ¿Verdad que conocéis la *algarabía*, seductora al principio, suavemente enojosa al final, de las piedras, de los lienzos, de los hierros, de los cristales?

Las cosas — y más las cosas con historia, — son, para el curioso, harto charladoras. Gritan, gesticulan, cantan, rezan, susurran, terminando por aturdir y abrumar. Y el viajero, en un inevitable rapto de claustrofobia — del que, afortunadamente, curará — huye al campo...

¡Qué esbeltez, entonces, la de los pinos; qué gentileza la de los álamos, el árbol de sonajas de plata, de ledos cascabeles!

Florencia es un corazón que cayó al valle del Arno, rodando desde sus privilegiadas colinas. El Arno, — cuyas ondas doradas pasaron bajo las prodigiosas pupilas de los hombres del Renacimiento, — tañe su mandolina en honor de la suntuosa ciudad. Es su pajecillo, puesto que Florencia sigue siendo reina. Y en lo alto, florida, ubérrima, ardiente — como milagrosamente cubierta de tapices de Leonardo — la colina eleva sus cipreses, sus

Ayuntamiento de Madrid

Las "villas" y los árboles trepando monte arriba, infunden al paisaje su alma alborozada y riente.

pinos, sus mirtos, sus parras, sus moreras, sus olivos. Subir á Fiésole es acercarse á Grecia.

Y aquí sí que el cielo, azul, azul, no es sólo una bendición, sino una gran ala que nos cobija: algo inefable, inmortal y consolador, del que — ¡oh, asombro! — no dicen palabra los enojosos *Baedeker*...

LA ALEGRÍA DE LOS CIPRESES

El viajero, en el estado de espíritu á que antes se aludió, retorna á la Naturaleza y se reconcilia nuevamente con ella. Botticelli, Rafael, Leonardo, Ghirlandajo, Filippo Lipi, Fra Angélico han contribuído al prodigio. La mirada, en delicioso tránsito, va de la Galería des Uffizzi á la calle de cipreses señoriales, á la senda «escondida», al umbrío rincón, á la plazoleta silente, al conventillo color de miel, que apenas se asoma al mundo, que casi ve Florencia á sus pies, entre la perfumada celosía de la fronda...

Brava, concreta, firme y airosa, como belleza florentina, es la tierra toscana. Mil caminos trepan, caracoleando, por la falda de la colina.

Entre los árboles, de tronco á tronco, corre la vid cuyos pámpanos hace de seda el sol.

En las grietas de murallones y en los tapiales, asoma su garra enfurecida, la pitera. Los apelotonados olivos suben ó bajan, siempre con sus brazos contraídos; árboles rústicos, árboles de monte, que se enojan por perder el equilibrio.

Esbeltez de nardos tienen estos cipreses y estos pinos. El sol hace de oro los troncos, y

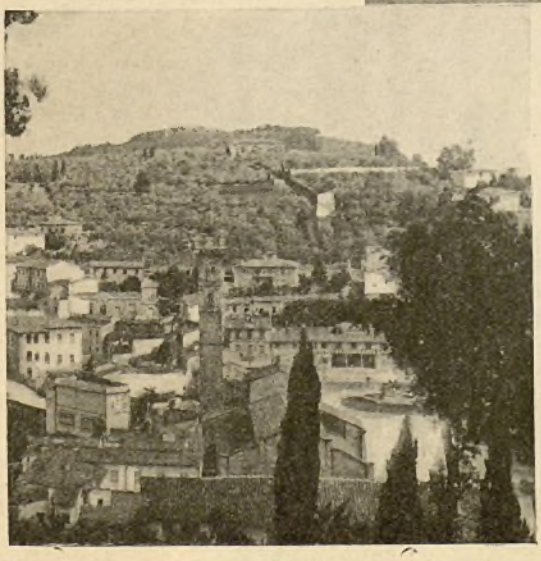
Ayuntamiento de Madrid

Entre el risueño fondo verde — entre la opulenta gama de los verdes toscanos — asoman las «villas» todas de abolengo, todas evocadoras de días en que el sol brillaba en los jardines, tanto como en las lanzas, en la prosa tanto como en los lienzos. ¡El alto sol italiano! Y aquí y allá, alertas, gráciles, nobles, los cipreses surgen, no cual encapuchados melancólicos de cementerio, sino á la manera jovial de surtidores, que elevan, con la mirada, el corazón; árbol recogido de ramas y refugiado en su aristocracia, que sube con gozosa aspiración de *campanile*, y es amigo de la balaustrada de mármol, del agua dormida, del pavo real, de la avenida sosegada y del hablar discreto y armonioso...

LA CIUDAD ETRUSCA

Fiésole está en lo alto de la colina. Un tranvía eléc-

se siente el airecillo cimero que arranca á las altas copas sones y reverencias de ensueño...

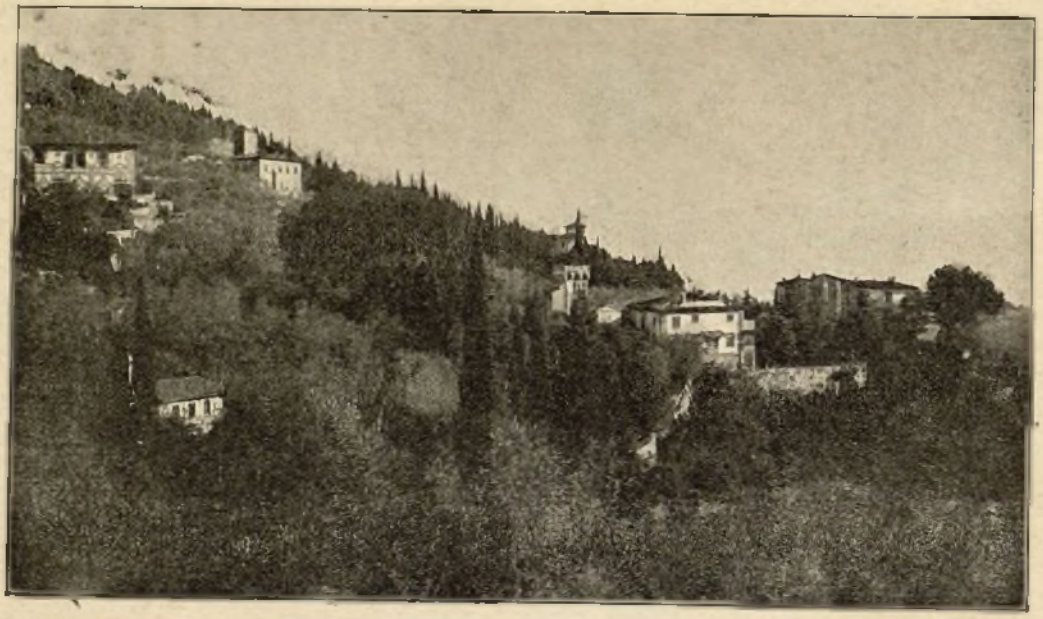


La Colina-terraza desde donde tantos ingenios vieron Florencia á sus pies, dominándola.

trico nos conduce á la plazoleta, con su iglesia romano-toscana, sencilla, humilde, pueblerina.

Es domingo. Los tranvías y los coches llegan llenos de gente. En torno á florentinos y turistas, agrúpanse mendigos y mendigas, encorvados, de rostros arrugaditos, de manos negruzcas y flácidas. Venden bolsones, abanicos, sombreros, todo ello fabricado con paja, que es la afamada industria de Fiésole. Un chiquelo descalzo — de esos que sólo se ven en Italia y en España — nos persigue repitiendo lastimeramente: *¡Fame! ¡Fame!...*—En un ángulo de la plaza *Mino da Fiesole* hay un

Ayuntamiento de Madrid



En una de esas "villas" vivió el gran pintor Boocklin; en otra, Luisa de Sajonia y Toselli pasaron su luna de miel. En ese rincón de Italia, artistas y enamorados encontraron el divino tesoro de la paz.

tingladillo donde los indígenas compran sendas rajas de sandía. Y los cocheros, compitiendo con los mendigos y los vendedores de *cartolini* y de *vedutas*, brindan un paseo por los alrededores...

Avanza el coche, y á poco, ya en una ladera de la montaña se ven restos de las murallas etruscas, luego de un anfiteatro romano y de unas termas, todo ello borroso y evocador bajo la hierba que anidó como quiso y como pudo.

La campiña toscana es ubérrima y fuerte. Ved ese ciprés, todo serenidad, y ese cactus, todo ímpetu.

De nuevo aparecen, en la falda, la extática procesión de los cipreses, las mil «villas» que blanquean entre los desgarrones de la espesura, los conventos chiquitines y plácidos—en uno de los cuales

Ayuntamiento de Madrid

Fra Angélico soñaba y pintaba, armonizando su misticismo con azules y rojos excepcionales...

El cochero, — valido de que el caballejo conoce de sobra la topografía, — va enumerando los sitios renombrados por cualquier motivo, interesantes ó no.

Aquí la «villa Paganucci», donde vivieron Luisa de Sajonia y el pianista Toselli su luna amorosa; allá abajo la «villa» Arnhold, en que murió Boocklin, el alucinante pintor suizo; á lo lejos el convento de San Francesco, la abadía di Fiesole, la villa Médicis...

No hay punto desde donde el panorama deje de interesar. Rico de color, bravío á trechos, espiritual siempre, brindando asilo á monjes y artistas, á enamorados y ascetas.

Las colinas, frondosas, suben y bajan suavemente; en lo distante, con ese azul transparente que es á la lejanía lo que la fragancia á la noche, se insinúan los Apeninos...

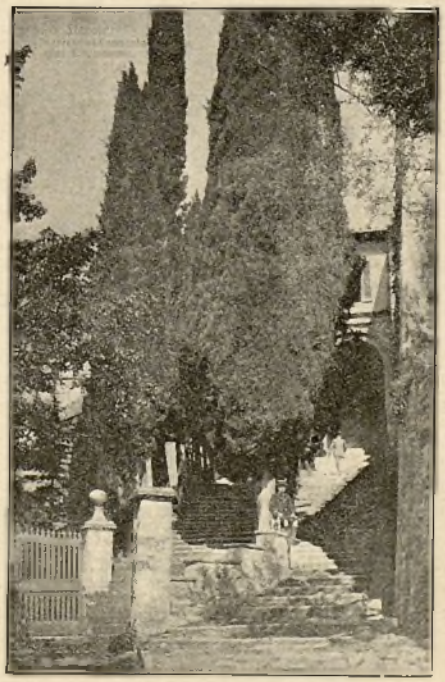
Y el corazón evoca la sonrisa de la Gioconda, sonrisa todo luz, de mujer que conoció el campo toscano, y la otra sonrisa de las mujeres de Boccaccio, que alegraron las aventuras amorosas de Florencia...

No se hable de la hora literaria, sino de la hora bucólica. Allá abajo queda la maravillosa ciudad por cuyas callejuelas Donatello y Botticcelli, Miguel Ángel y Rafael, Brunelleschi y Dante, pascaron un día.

El *Campanile*, la atrevida cúpula del *Duomo*, la de Santa María della Croce, la medioeval torre del palacio de la Señoría son otros tantos faros de un puerto de consolación y de belleza. Ahora la noche comienza á hilar su copo azul, y entre la tupida malla del ciprés ó en la sutileza del pino, las estrellas anidan, luminosas y calladas.

Los árboles, en la penumbra mágica, tienen esbeltez de nardos. Una angustia dulce y lírica invade el corazón. A lo lejos, sobre el Arno que culebrea en lo hondo, unas nubes que eran camelias, hanse trocado, por milagro del sol, en rosas.

Suena la grave campana de los crepúsculos, con su inevitable y siempre propicia poesía. El valle de Mugnone á la izquierda, y el del Arno á la derecha, tan místicos y paganos á un tiempo, adquieren esa belleza del niño cuando empieza á dormirse. Porque, bajo la santa paz de la noche, de todas las maravillosas noches que Florencia ha conocido, el campo toscano sigue siendo joven, eternamente joven. No en vano sus caminos y sus jardines están poblados de esos cipreses que, como sabéis, simbolizan la eternidad, y, con ella, la risa perenne, la belleza que no se marchita, la hoja siempre verde, estribillo primaveral que el mismo hombre, poderoso y atrevido, no sabe repetir.



La entrada de uno de los conventos de Fiesole, donde tal vez otro Fra Angélico, en supremo éxtasis, llore mientras pinta una Madona.

E. Ramírez Ángel.

Florencia, Septiembre 1913.

Ayuntamiento de Madrid

EL CAMPAMENTO

Es curioso observar cómo estos beduinos que se estacionaron en los primeros adelantos de la humanidad, no han sabido dar fijeza alguna á su existencia. Todos sus campamentos no son más que un alto en la marcha.

REZAGADOS

El imperio turco de Asia reserva para lo futuro grandes sorpresas. Sus gobernantes han de hallarse de pronto desobedecidos y hasta burlados. Porque Turquía sólo se preocupa de dominar los pueblos que conquistó en Europa, y que no acaba de vencer. En tanto, aquellas tribus asiáticas quedan libres de toda inspección, y entregadas á su instinto.

La mayoría de estos dominios, sólo de nombre pertenecen al sultán. Se les designó turcos, y ahí permanecieron las cosas. Por otra parte, los indígenas soportarían mal cualquier yugo, y no comprenden la sumisión á un lazo cualquiera de gobierno, por elemental é indispensable que sea éste. Ellos aman la vida libre, más aun, turbulenta. Son nómadas en la aridez infinita de su país, como las nubes en la sequedad azul de su cielo.

En Arabia puede estudiarse con una minuciosa prolijidad esta anarquía inverosímil. En vano los estadistas y los soldados turcos se empeñan en feroces batallas contra un enemigo arisco y que no se fatiga nunca, y, que, en caso apurado, emigra al desierto, llevando consigo su fortuna.

Y existe en la revuelta y tumultuosa tierra arábiga una provincia, que no obstante su pequeñez, tiene siempre en jaque al gobierno de la Sublime Puerta. No se puede dar nada más levantisco y salvaje. Nos referimos al territorio que bordea el Mar Muerto.

Allí se instalaron unas tribus de beduinos, y diríase que se acrecienta de generación en generación su carácter bárbaro hasta lo increíble. Está vedado á los europeos el aproximarse al campamento, y es poco menos que milagro la hazaña del repórter, que, sin más armas que su kodak, y acaso por esto, logró penetrar en el recinto prohibido, y triunfó en su pro-

Ayuntamiento de Madrid

pósito de obtener algunas fotografías íntimas, y considerable cantidad de datos, á cual más curioso. La fortuna nos ha deparado esta de asaltar á nuestra vez al susodicho repórter, y ofreceros á vosotros, lectores, lo más curioso de su extraordinaria información.

CUENTA EL REPÓRTER

Es preciso remontarse cuatro mil años atrás, para que nos encontremos al mismo nivel que los beduinos del Mar Muerto.

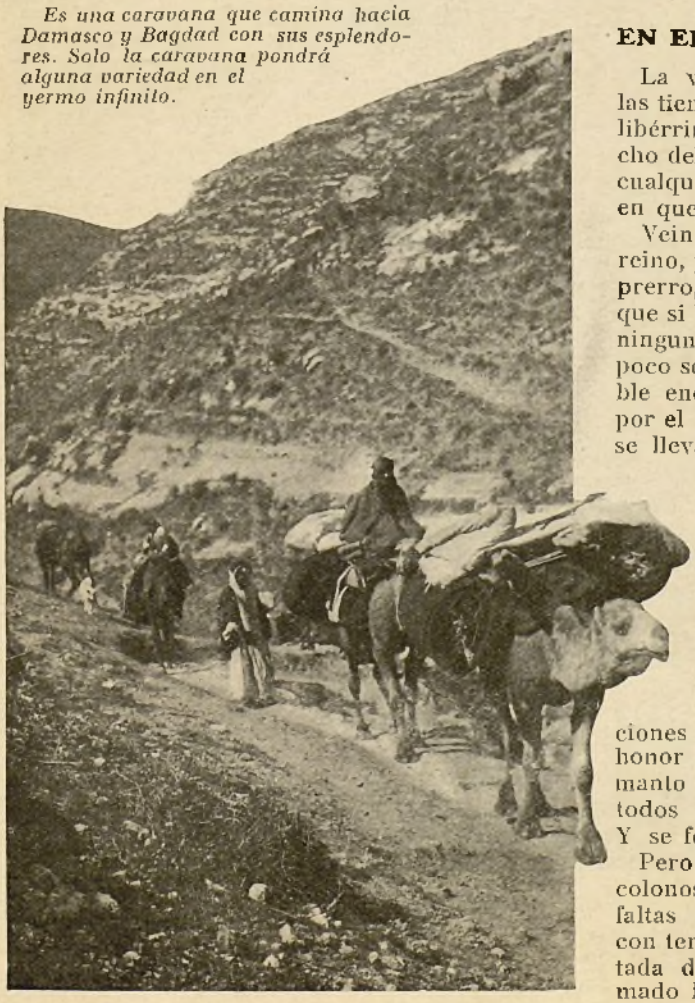
Diríase que tornaron los tiempos bíblicos, y que el mismo Abraham nos recibe con aquella hospitalidad oriental, de eterno renombre. Es decir, acaso la generosidad en recibirnos es lo único que se ha perdido á través del tiempo. Por lo demás, Abraham acampó con su tribu en esos mismos parajes.

Otra diferencia existe entre los actuales beduinos y los antiguos hebreos. El capítulo de las armas. Los beduinos se proveen de toda clase de defensas, y naturalmente, de infinitos instrumentos ofensivos.

Todo beduino es un arsenal viviente. Suelen llevar un cinturón guarnecido con cartuchos, una bien provista canana. Y lo más curioso es que las municiones son de las que se utilizan para el último y más reciente modelo de fusil. Gastan pistolas automáticas. Pende de su caja un largo puñal, y se cruza con un sable breve y corvo, especie de alfange. Así, con esa tranquilizadora vitola, se presentaban á los atónitos ojos del repórter, cuantos beduinos le salieron al paso.

LA CARAVANA

Es una caravana que camina hacia Damasco y Bagdad con sus esplendores. Solo la caravana pondrá alguna variedad en el yermo infinito.



EN EL CAMPAMENTO

La vida no traspasa la lona de las tiendas, y está gobernada por el libérrimo y archi-arbitrario capricho del *cheick*, es decir, el jefe de cualquiera de las múltiples tribus en que se congregan los beduinos.

Veinte tiendas constituyen un reino, y un reino bien celoso de sus prerrogativas. No hay que olvidar que si los beduinos no se someten á ninguna extraña dominación, tampoco se dejan seducir por el apacible encanto de la vida de familia: por el contrario, las luchas civiles se llevan al último extremo.

Entre ellos tienen estado permanente el robo y la rapiña. Acaso en esto se cifra el único objeto, la razón de ser del beduino.

La hazaña más admirada es despojar al vecino, y si la victoria consigue la total ruina del vencido, entonces adquiere el triunfo proporciones dignas de la apoteosis. El honor del acto cubre como un manto no sólo al héroe, sino á todos los individuos de su familia. Y se forma como una aristocracia.

Pero se prohibe despojarse los colonos de una misma tribu, y las faltas de este género se castigan con terrible dureza. Una mano cortada de un sablazo, un pie quemado lentamente, he aquí los cas-

Ayuntamiento de Madrid

tigos impuestos á quien infringe la ley. Tales delitos se consideran verdaderos crímenes.

Por de contado que los descendientes de aquellos que fueron desposeídos y asesinados, buscan la revancha á toda costa. Generalmente se afilian en otra tribu, rival de la que venció, y á la cabeza de los guerreros de su nueva familia, acude á vengar al pariente muerto, á veces su mismo padre.

Por lo común, la venganza es de proporciones mayores que el crimen primero. El vindicador se apodera, si puede, del enemigo, le corta los dos brazos y las piernas, y sigue martirizándole en su agonía, y le obliga á confesar sus crímenes en medio del corro de los guerreros. En un instante nos hemos transportado á los más remotos tiempos de la barbarie.

UN MOSQUETERO BEDUINO

No importa el traje. Este hombre que se pasea con su fusil y su puñal, es como aquellos soldados. Sus amores son las armas.

Ayuntamiento de Madrid

OTRO ASPECTO DE LOS BEDUINOS

Ese que acabamos de describir es el lado negro de las tribus. Afortunadamente en las orillas del Mar Muerto hay algo mejor. Por ejemplo, la hospitalidad de un *cheik*. Cuenta el repórter que á él se le recibió incluso con regalo y mil refinamientos. El fotógrafo, agradecido á las deferencias de un *cheik*, invitóle á almorzar. La comida fué simple y á la europea. Acaso era la primera vez que el árabe se sentaba en una silla y utilizaba el tenedor.

Comenzó el *cheik* por mantenerse á la espectativa y observar al anfitrión. En seguida cogió el aire del europeo, y desde el segundo plato todo marchó divinamente. Pero de repente, un movimiento demasiado brusco del beduino, le hizo rodar con su maldita silla. Y comenzó á reírse á carcajadas y á decir que el daño no era mucho, pues al fin y al cabo, había caído en *su propia tierra*.

« Observa — continúa sin dejar de reir — cómo mi tierra me llama á su seno, para hacerme comprender que no la debo cambiar por una silla. »

ANTE EL MISTERIO

Ante la curiosidad del mundo culto, simbolizado en el objetivo del « kodak », los beduinos ofrecen la entereza de su renunciación, viejos filósofos inmutables.

LA MORADA

La tienda es el palacio único del beduino, su morada constante. Residen con él sus esclavas, las cuales le divierten y desempeñan un papel bufonesco en la corte de aquellos salvajes.

Cada tienda consta de dos partes muy distintas. Una se reserva para los hombres; la otra pertenece exclusivamente á las mujeres y los niños. Por la noche unos y otros forman velada en el departamento cubierto de ramajes.

El jefe fuma allí la *narghilé*. Sentada cerca del *cheik*, una esclava pulveriza el café. Los granos triturados se ponen al fuego, con el agua, y luego se vierte el líquido oloroso en las tazas. El huésped casual — nuestro fotógrafo — ha de beber hasta la última gota. En caso contrario, el árabe se considerará vejado y ofendido.

Y mientras cae la noche y humea el café, esparciendo su perfume, otra esclava tañe un arpa primitiva, recuerda alguna vieja melodía para acompañar unas canciones melancólicas, plañideras.

SOCIOLOGÍA BEDUINA

La rapiña y los robos débense á la extrema pobreza de los beduinos. Les es imposible á las pobres gentes ni aun asegurarse la vida cotidiana.

Los nómadas poseen rebaños de camellos y otras bestias, principalmente las cabras. Los camellos sirven de transporte en las inacabables jornadas, y las cabras mantienen el comercio de pieles, única riqueza de los árabes.

Las cabras merecen especiales preferencias del beduino, porque se acostumbran con facilidad á la vida del desierto, y no proporcionan, por tanto, fatiga alguna, y además regala á los indígenas con leche excelente. La leche es considerada por los primitivos del Mar Muerto como el « más grande beneficio que Dios ha concedido al hombre », y es la bebida que elegirán entre mil.

La fabricación de la manteca está monopolizada por las mujeres. Ellas recogen el blanco líquido en grandes vasos, y la conducen á la mantequera. Mientras dura

Ayuntamiento de Madrid

LA VELADA

Los noctámbulos se adormecen fumando la "narghilé" y aspirando el aroma del café puesto en el rescoldo. Ni siquiera los sobresaltó el fogonazo del magnesio. La vida, su vida es un sueño.

la operación, los hombres se muestran graves, y están atentos al más leve rumor de la lejanía.

La máquina para hacer la manteca es rudimentaria. Se reduce á un odre de piel de cabra, lleno hasta la mitad de leche. La otra parte se infla de aire hasta quedar completamente redondo.

Y se agita sin descanso por dos mujeres. Así van asociándose los elementos lácteos y se confecciona la manteca.

Añádase á esto un trozo de pan primitivo, y esa es la nutrición de los árabes que acabamos de conocer.

CRESO

Existen jefes poderosos, algunos de los cuales cuenta una riqueza de 4.000 caballos, y ellos son los que no ha mucho mantuvieron una lucha á muerte con la autoridad turca, que pretendía cobrar los impuestos y establecer un cierto orden en la baraúnda y anarquía de los beduinos.

Aquel *cheik* que tan buenas migas hizo con el fotógrafo, era uno de los principales jefes, y sostuvo con el sultán una guerra de unos meses, hasta que fué vencido y en el acto se le ahorcó, para escarmiento de propios y ejemplo de extraños.

¿Será éste el comienzo del fin? Sea cual sea el porvenir que aguarda á los beduinos del Mar Muerto, nos ha parecido interesante sorprender su intimidad, uno de los pocos misterios que quedaban sobre la tierra.

Ayuntamiento de Madrid

Un señor envuelto en amplio macferlán entró en mi estudio. Venía á verme con motivo de unos trabajos que necesitaba, y mientras revolvía en su porta-papeles buscando los datos que debía entregarme, yo le observaba atentamente, atraído por un no sé qué de extraño que noté en él, y, sobre todo, por ciertos movimientos convulsivos que le sacudían de pies á cabeza continuamente.

Preguntéle si estaba enfermo, y me contestó tranquilamente:

—Sí, señor; pero no es nada: estoy con el moquillo.

Al ver mi extrañeza ante la declaración del perruno achaque, dejando la carpeta sobre la mesa, añadió con gran naturalidad:

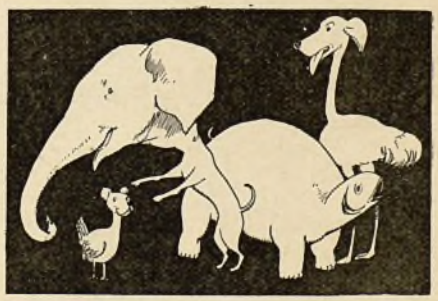
—Lo que acabo de decirle es una consecuencia directa de las reformas que han hecho en mi individuo.

«Yo padecía una bronquitis crónica, sostenida, según los médicos, por el abuso del tabaco. Por la misma causa, la dispepsia se apoderó de mí, y poco tiempo después el hígado vino á complicarlo todo. Estaba desesperado.

«Un día, al leer en los periódicos los maravillosos trabajos quirúrgicos de un eminente doctor, me decidí á verle. En una palabra, estuve en su clínica tres años consecutivos, y aquí me tiene usted curado, pero con bronquios, pulmones, hígado y estómago de perro. Ya ve usted que nada tiene de extraño que ahora esté yo con el moquillo, puesto que mi nuevo organismo, desde hace pocos años, funciona en mi poder. En cambio, mis vísceras, transplantadas al perro que me prestó las suyas, han producido su efecto, puesto que, según me escriben, el pobre animal está ahora con el sarampión...

«Yo, por mi parte, he salido bien librado con esta ligera enfermedad, que me cuida cariñosamente un veterinario amigo mío; pero ¡si usted hubiese visto otros casos! Una señora de California, á la que tuvieron que extirpar el estómago para reemplazárselo por otro de cerdo, en cuanto ve un saco de salvado ó de bellotas, no hay fuerza humana que la contenga.

«He visto también casos verdaderamente prácticos, pero carísimos, puesto que se trata de injertos humanos; y, créame usted, difícilmente se encuentran órganos vitales ó auxiliares de esta clase. Un millonario de Chicago, gran jugador de billar, se *ha hecho* con un brazo de más para poder jugar y fumar al mismo tiempo; y un negociante de Danton disfruta de un ojo en el cogote que le da un aspecto muy inteligente, al propio tiempo que le permite ver lo que pasa á su espalda sin necesidad de volverse, desde un día que le dieron un estacazo que á poco le dejan en el sitio.



Ayuntamiento de Madrid

« Podría citarle muchos otros casos á cual más curiosos, que demuestran la tendencia á reformar la topografía humana con arreglo á las necesidades modernas; pero todo esto es caro, muy caro.

« Así, pues, me doy por satisfecho con los injertos de perro, á pesar del moquillo que padezco, enfermedad pasajera y que curará pronto. »

Y mi extraño interlocutor, levantándose, se despidió de mí. Yo le seguí, dispuesto á acompañarle hasta el vestíbulo; pero, al pasar frente á la cocina, bruscamente metió la mano por el resquicio de la puerta, apoderóse de una chuleta cruda que sobre un plato *yacía*, y echó á correr escalera abajo, con gran sobresalto de la cocinera, que como una fiera quería lanzarse en persecución del voraz visitante, pero la detuve á tiempo.

Me asomé al balcón, y pocos instantes después vi salir del portal al buen señor, satisfecho y relamiéndose, y —¡palabra de honor! — juraría haber notado ciertos movimientos de va y ven en la parte posterior del macferlán.

¡El *pobre animal* movía la cola!

J. Xaudaró.

Ayuntamiento de Madrid

"Le Chic"

Cartas de una parisiense

MODELO VISTO
EN LAS CARRERAS

Phot Paul Geniaux.

MODELOS VISTOS EN LAS CARRERAS

Phot Paul Geniaux.

MODELO VISTO
EN LAS CARRERAS

Phot. Paul Geniaux.

He aquí los dias terribles de los primeros fríos, esa época del año que las madres quisieran borrar del almanaque, temerosas por la salud de sus hijitos.

Mientras llega el buen tiempo, vamos á ocuparnos en pertrechar á los pequeñuelos de ropas convenientes, y ensayemos el modo de adapta á ellos nuestros abrigos; al fin y al cabo los niños también tienen sus días de visita y recepción.

Para los niños, el problema casi no ofrece dificultades, gracias á que la moda se estacionó años atrás, y sigue donde la dejaron. No ocurre lo mismo con las niñas, sino todo lo contrario. Con verdadero placer, voy á mostraros unos cuantos modelitos de la más alta novedad.

El primero es una *veste* de terciopelo de lana color cereza, abotonado por una fingla de botones negros, que llega hasta el borde del vestido; y éste, no pasa de las rodillas. Las solapas, el cuello, revés de las mangas y cinturón, están guarnecidos con galón negro; el cinturón se anudará á la espalda con cierta vaguedad; para terminar, en la cabellera blonda ó bruna, irá una campana flexible en « duvetyns » cereza, con el lazo de satén y del mismo tono encarnado, ó una ancha *pekiné* negra, que envolverá la gorra, y se

Ayuntamiento de Madrid

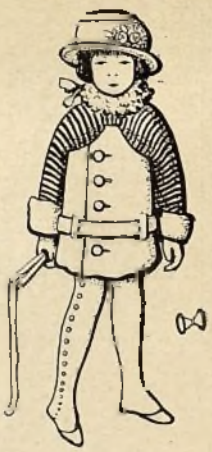
anudará negligentemente á la izquierda, sobre el cabello en ondas.

Encantador también es el segundo modelo. Se reduce á un manto kimono, muy original, en terciopelo negro; el borde del manto está formado por una ancha franja de armiño, ligeramente *drapé*; el conjunto resulta graciosamente inédito, tanto por su disposición, como por el contraste entre el terciopelo negro, y los armiños del borde, el cuello y las vueltas de las mangas. Los galones que cierran el gabán son de un tono verde imperio, como la sarga que permite ver, por delante, el descote del manto. Un sombrerillo de fieltro con un largo *couteau*, acaba de dar todo el aire parisiense á este modelo.

El tercero es un terciopelo azul marino, y cae blandamente por delante, y se abrocha con tres enormes botones de tisú. El cuello y los puños son en pieles. La falda en sargas escocesas, dentro de los tonos simples del verde, azul y amarillo. El minúsculo bonete de terciopelo azul marino, parece que quiere esconderse debajo de un voluminoso nudo escocés de tafetán cuyo color entone con el de la falda.

MODELO VISTO EN LAS CARRERAS

En general, se recomienda que los sombrerillos infantiles sigan la tonalidad impuesta por el vestido. Casi todos se hacen combinando las mismas telas que se emplean para la vestidura. El lazo se halla muy en boga, sobre todo los *rubons* dispuestos según los últimos gustos. El fieltro siempre conservará el puesto principal que ya conquistó, tanto para los niños como para las niñas: su flexibilidad permite que cada mano les dé una forma y una silueta, graciosa de más en más, á veces verdaderamente relacionada con el aire de las caritas infantiles. Veamos ahora un riquisimo y breve vestido, de lo más *chic*. Terciopelo muy blando y *azul viejo*, bordado y con una ancha banda de zorro blanco. Ésta se adapta al tisú que forma *godets*. De dichos *godets* emergen las armoniosas piernas de la niña. No hay que decir que el coronamiento de tanta distinción, será las botinas de seda blanca ó los zapatitos de charol. El sombrerillo está hecho del mismo terciopelo, con un lazo azul y amarillo, junto á los bucles.



Examinemos aún otra vestidura que resplandece de *chic*. Está hecha con duvetina *crail*, y se abrocha con grandes bolas de tisú, con manchas de un verde crudo. El cinturón se lleva muy bajo y es verde. El sombrerillo, de duvetina *crail*, con un largo lazo verde. Para rematar el adorno, y al mismo tiempo proteger el delicado cuello contra los rigurosos fríos, un collar de *renard* blanco envuelve la sonrosada carne, y se termina con un lazo de satén que vuela según el capricho del viento. Ahora, á un tiempo práctico y elegante, he aquí el vestido ideal. La falda en terciopelo de lana con una banda de

Ayuntamiento de Madrid

skunig en el borde. Cuatro botones en un *gilet* cruzado, de seda. El cuello y los adornos, así como las mangas serán de *skunig*. El sombrerillo es en duvetina del mismo color que el vestido. Un nudo grande y papillón en *faille* marino, triunfa en la gorra.

Para terminar, todavía otro modelito. Consiste en un pequeño manto *blouson*, cerrado blandamente por el talle, por un cinturón rojo cereza, en cuero. El bonete ó sombrero, del mismo tisú, con dos racimos, en las orejas, de perlas de cereza. Este sombrerillo encuadrará mágicamente el rostro de los sin duda deliciosos bebés que lo lleven.

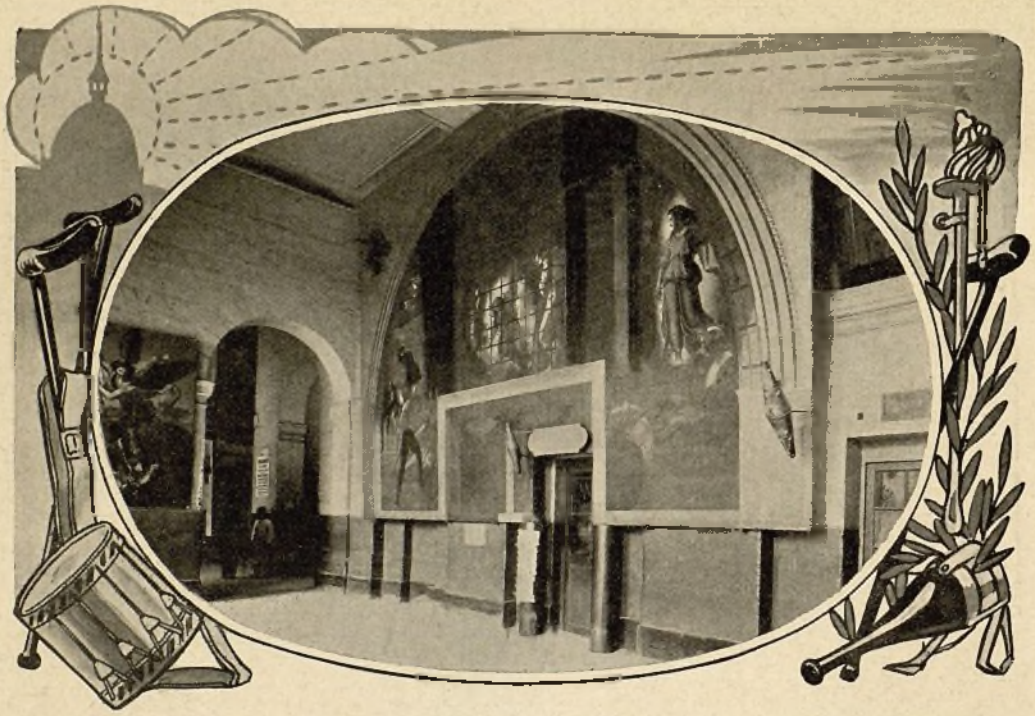
Los bebés... deliciosos, porque hacen las delicias de sus padres y las nuestras. Y porque son deliciosos.

SIMONE.

Phot. Paul Genia ux

MODELO VISTO EN LAS CARRERAS

Ayuntamiento de Madrid



El estanco, que un magnífico lienzo encuadra, no es el lugar menos visitado por los viejos inválidos, gustosos de envolver sus ensueños en las espirales de humo que escapan de la pipa.

LOS INVALIDOS DESCONOCIDOS

El espectro de Napoleón flota sobre la moderna Lutecia, y en esta población, atormentada por el recuerdo de sus pasadas glorias, también se lamenta sin tregua la pérdida de la Alsacia-Lorena. La caridad patria levantó el edificio de los Inválidos, y el amor de todos, cumpliendo los deseos de Bonaparte, enterró á su héroe á las orillas del Sena, en la querida tierra francesa, bajo la cúpula fulgurante, custodiado por los viejos soldados inútiles.

El corazón ardiente del veterano sigue palpitando tan valeroso como antaño, y en su imposibilidad física, que le impide colaborar en la gloria del país, lee atento los artículos políticos, se indigna y vocifera ante las contrariedades, extrañado de que tengan ahora tanta paciencia, ó sonríe enigmático, como si pensara: —Que tengan cuidado, porque cuando los franceses decimos, ¡adelante! nada puede detenernos.

Al amor de la lumbre, la pipa en la boca, frecuentemente los inválidos forman círculo y oyen atentos los relatos que otro compañero hace.

Repítense nombres de batallas célebres, y, como en una carga, desfilan los generales de la Revolución, los mariscales de Napoleón y los que perdieron la guerra del 70. ¡Ah! cuando las bóvedas de los Inválidos ensordecen con el nombre de Alemania, los rostros se crispan, y parece que las manos buscan la espada ó el fusil que empuñaron durante largos años, pero pronto caen en la cuenta que no tienen más que un muñón, y los dolores reumáticos de una antigua herida los calma con rapidez, quédanse pronto silenciosos, tras dos ó tres comentarios hechos con voz quejumbrosa, y en la imponente soledad de muchos, piensan en que ya no pueden servir para nada y que tendrán que comentar pacíficos lo que los otros, lo que los jóvenes hacen.

Ayuntamiento de Madrid

Al amor de la lumbre, la frecuentemente los inválidos relatan sus pasadas hazañas.

El dormitorio por su severidad y limpieza, recuerda enseguida quesirve para el reposo de un militar. A la cabecera, el documento justificativo de sus empresas.

Las toses catarrosas interrumpen toda conversación, óyense los golpecitos secos de las pipas golpeando contra los brazos de los sillones, y el chisporrotear del calorífero se confunde con el lejano rumor de pisadas de la gente que desfila por las naves del museo y de la iglesia.

Perennemente evocadoras, las vitrinas del museo muestran las reliquias más amadas, y los visitantes, uno tras otro, van deteniéndose ante los maniquíes de los soldados de la República y del Imperio, contemplan admirados las pesadas armaduras de los antiguos caballeros.

El capote gris de Napoleón y el banco en donde acostumbraba á reposarse en Santa Elena, atraen todas las miradas, y es, sin duda, lo que más se comenta. Y nadie olvida cuando abandona estos lugares, que á ese banco le arrancaron un travesaño del respaldo, para que el gran general pudiera pasar el brazo y soñar, en su horrible prisión, que se encontraba en Francia, aclamado por los *grognards*, por los viejos veteranos de su guardia, junto á su pobre hijo, que el destino le arrancó

Ayuntamiento de Madrid

Al buen militar nunca disgustó la cocina suculenta, y la hermana de la caridad lo sabe y cuida por ellos cariñosa, pensando en que ya no les curará las heridas recibidas en el campo de la batalla.

para encerrarlo en el castillo de Schœbrunn, del emperador José de Austria, en donde moriría tuberculoso y, según la leyenda, envenenado, de temor que sus partidarios volvieran á reintegrarlo al trono.

Por las noches, no es raro que se oiga una canción guerrera, mientras los demás juegan á las cartas ó charlan; y después, cuando la hora avanza y se han dado las buenas noches, desfilan encorvados y como sombras, por los largos corredores que conducen hasta sus habitaciones. Y el martilleo de las muletas y los bastones al chocar contra las baldosas, es el último eco de este edificio poblado de recuerdos y que el espectro de Napoleón protege.

Ayuntamiento de Madrid

La comida prologa siempre los relatos heroicos.

Ensalada

por

LUIS BONAFOUX

Años hace que, á los postres de una comida con que me obsequió el literato colombiano señor Pérez Triana — que huyendo de las persecuciones del gobierno de su país, había cruzado 2.500 leguas del río Orinoco — dijo á otro amigo mío, el señor Mestre Amabile :

— Bonafoux debe de estar rico, porque los periódicos de Colombia, los de Méjico, los del Perú, los de la Argentina, etc., están llenos de crónicas y artículos de Bonafoux.

— Sí, lo estarán — observó Mestre; — pero esos periódicos no pagan á Bonafoux, el cual, por lo demás, ni se entera de tales timos.

Periódicos de Caracas, Buenos Aires, Montevideo y *Las Novedades*, de Nueva York, han publicado (y continúan) una sección constante de crónicas de Bonafoux, constante y tomadita del *Heraldo de Madrid*, que paga por todos.

Pero el caso actual es más estupendo todavía. Un semanario, *Bohemia*, que se publica en Rosario de Santa Fe (República Argentina) ha publicado, con fecha 4 de septiembre de este año, una crónica *Desde París*, firmada con mi nombre y apellido, crónica que yo no he escrito, y en la que resulto aceptando el cargo de corresponsal de dicho periódico y termino la crónica con un «hasta la próxima».

Es el colmo de la *sans façon* ó *contrefaçon*. Que lo que hay en España sea de los españoles, puede pasar; pero no tanto como para hacerlo extensivo á las pampas.

¡Son *macanas!* — dirá *Bohemia*. Pues yo le voy á dar una combina (*¡che!*) para que publique cosas mías no tanto como de balde, pero sí por poco dinero.

Cuando el eminente *macanudo* Muñoz Escámez me encargó de esta *Ensalada*, le encargué, á mi vez, que suprimiera los condimentos que le pareciesen demasiado fuertes, con cuyo motivo no ha habido *Ensalada* completa. ¿Por qué no se arregla el director de *Bohemia* con el director de REVISTA GRÁFICA para que éste le ceda de estos artículos lo que en las imprentas se conoce con el nombre de *perdido*? Muñoz me ha dicho que se los dejará quizá por tres pesetas, y cuenta que esos desperdicios de la *Ensalada* son, sin duda, los más sabrosos.

Hablando de estas cosas de prensa, no sólo por mí, sino también por mis compañeros en general, se me iban á olvidar dos sucedidos que exteriorizan la *entente* franco-española que late en todos los corazones.

El primero es como sigue, narrado por *L'Œuvre* :

« En Toledo, con ocasión del viaje presidencial, los periodistas españoles llevaron á sus compañeros parisienses á una joyería donde pudiesen proveerse, según sus medios y sus gustos, de esos recuerdillos «de oro de Toledo» que conviene traer á Francia. Cada cual hizo sus compras (entre 8 y 15 pesetas de gasto), y dos «enviados especiales» tuvieron largo tiempo en las manos un encantador cofre de 200 francos de precio. Salieron los periodistas, y momentos después notó el joyero la desaparición del cofre, por lo que telegrafió en seguida al presidente de la Asociación de periodistas madrileños describiendo minuciosamente á los dos *aficionados*.

El asunto era delicado. La prensa española, que sabe llevar la hospitalidad hasta el heroísmo, saldó el objeto, sin dejar divulgar el enojoso incidente. Sin embargo, algunas personas lo supieron.

En el tren que traía á París la cohorte de historiógrafos, uno de ellos dijo negligentemente :

— Yo le traigo á mi mujer un cofrecillo.

Y los demás, al oirlo, se quedaron como una pieza. »

— Bien — dirá el lector; — pero la *entente* de que habla usted más arriba no parece.

— Verá usted: la *entente*, en este caso, es reciprocidad. Más tarde, un joven diplomático, distinguido y tal, se llevó distraídamente una sortija evaluada en 10.000 rancos.

Como el del cofrecillo, pensaría él decir cuando volviese á España:

— Yo le traigo á mi mujer una sortija...

LUIS BONAFOUX.

Ayuntamiento de Madrid

El Secreto de la Momia

Por Jorge MEIRS

—¿Su madre de usted?

—Murió cuando yo tenía cinco años.

—¿En dónde estaba depositado el testamento?

—En casa del señor Planchard, el notario de la Avenida de la Ópera.

—Estoy casi persuadido—dijo William Tharps tomando una última nota,—de que encontraremos en su casa si no la clave del misterio, al menos indicaciones útiles. ¿Tiene usted otras confidencias que hacerme?

—No lo creo. ¿Quizá deba hablarle de mi tutor? Es un hombre buenísimo y de una honradez proverbial. Se llama Jorge de Alden.

—¿El barón de Alden, cuya mujer murió el año pasado?

—Precisamente.

—Es, en efecto, un hombre de gran moralidad. ¿Le ha hablado usted de esta carta?

—Sí. Cree en una broma.

—Y... ¿qué consejo le da?

—Que no acuda á la cita. Pero ¿usted, señor Tharps?

—Aún no puedo tener opinión bien precisa, aunque no comparto la manera de pensar del barón. Vuelva á su casa y no salga de ella hasta tener noticias mías.

—¿Tiene usted teléfono?... Está muy bien.

Después de marcharse el joven, el eminente «detective» se apoderó del teléfono y, pasados algunos minutos de paciente espera, tuvo la satisfacción de oir que el 1020-24 le aseguraba que el señor Planchard le recibiría con mucho gusto aquella misma mañana.

El notario, hombre joven y activo, causó excelente impresión en William Tharps cuando éste entró en su despacho.

La costumbre profesional le permitía juzgar muy rápidamente á sus interlocutores, y colocó aquél en la categoría de los «simpáticos».

Afable, á pesar de una frialdad inicial, más que real, aparente, al señor Planchard

Ayuntamiento de Madrid

le agradó mucho la ocasión que se le presentaba de conocer al ilustre «detective» y preguntó el motivo de la visita de éste.

William Tharps deseaba informes acerca del difunto señor de Raizet. El notario le satisfizo lo mejor que pudo; sabia poco acerca de cómo administraba su fortuna dicho señor; su antecesor, que, por desgracia, había fallecido, hubiera podido documentarle mejor. El había conocido al señor de Raizet sólo durante los cuatro ó cinco últimos años de su vida, conservando del mismo el recuerdo de un hombre original, de una inteligencia poco común y de un seguro sentido práctico.

Una alusión del célebre «detective» al testamento del señor Raizet le demostró que conocía su contenido, así es que el notario no puso entonces dificultad alguna en confesarle su personal extrañeza acerca del particular. Próximamente unos dos meses antes de su muerte, el señor de Raizet había realizado casi la totalidad de su fortuna, cuya renta anual era de más de doscientos mil francos; poco tiempo después, entregaba al notario un testamento lacrado. Sólo al abrirse este documento conoció el señor Planchard las disposiciones de su cliente, extrañándose mucho.

¿Qué había sido de la fortuna del señor de Raizet? ¿Por qué la realizó de tan singular manera? El notario no lo sabía.

—¿Malas especulaciones... quizá? — arriesgó el «detective».

—Seguramente no. Mi cliente no especulaba.

—¿Deudas de círculo?

—Tampoco jugaba.

—¡Es extraño!

—¿Tiene usted algún inconveniente en revelarme el interés de sus preguntas?

—Ninguno. He de esclarecer el misterio que se cierne sobre los extraños procedimientos empleados por el señor de Raizet para frustar á su hijo de la mayor parte de su fortuna.

—¿Frustrar?... — dijo extrañándose el señor Planchard.

—¿Conoce usted una expresión más exacta?

El notario no sabía más. El único punto que pudo esclarecer era el de la gran fortuna del señor de Raizet y de su realización inoportuna. Ya era algo. Era evidente que la vida de aquel hombre encerraba un misterio. Intereses superiores á los de su propio hijo le habían decidido á obrar como lo hiciera; faltaba averiguar cuáles eran estos intereses.

William Tharps no volvió á su casa hasta las cuatro de la tarde; almorzó apresuradamente en una lechería, telefoneando después á su joven cliente para que fuese á verle á la Avenida Friedland. Encontráronse en la puerta.

La entrevista fué corta. A pesar del celo que desplegara el «detective», no había adelantado más de lo que estaba al dejar el bufete de la Avenida de la Opera. Las palabras *manos* y *cle*, que pronunciara el moribundo después del nombre de su hijo, seguían para él absolutamente faltas de sentido.

Jacobo de Raizet confesó que, á falta de entenderlas, había acabado por suponer que su desdichado padre deliraba al pronunciarlas.

William Tharps no negaba en absoluto aquella explicación fácil; pero, aunque el joven, á instancia suya, le recordaba los hechos más lejanos, no pudo hacer constar el papel de aquella *mano* y de aquella *cle* de las que nunca oyera hablar.

El «detective» se mostró sumamente contrariado. Corría el riesgo de no penetrar jamás el sentido de las tres palabras de las cuales dependía, á su juicio, la aventura en la que se empeñaba.

Pero William Tharps no era hombre que se desconcertara ante un primer paso desgraciado; sino que, por el contrario, la dificultad estimulaba su energía como el peligro acentuaba su audacia.

Fué, por lo tanto, sincero al afirmar á su cliente que descifraría el enigma á toda costa, añadiendo que había de tener la mayor confianza en él y obedecerle ciegamente.

Al obtener su promesa le dijo que telefoneara á su casa diciendo que se ausentaba de París por algunos días, y que se instalase hasta el día siguiente por la noche en un hotel.

Y, como se extrañara el joven Raizet, añadió Tharps:

—He observado hace un rato, cuando nos encontramos ante mi puerta, que le seguían; me han visto darle un apretón de manos y entrar con usted, de modo que los que tienen interés en seguirle saben que está usted en mi casa, y el curso de su existencia ha sido hasta ahora demasiado uniforme para que no relacionen su visita á mi casa con el recibo de mi carta de ayer; saben, por lo tanto, que me intereso en el asunto y, seguramente, sus adversarios —no pueden ser otra cosa — redoblarán su habilidad para conseguir, á pesar de todo, el objeto que aún ignoramos, que persiguen.

«Hubiera podido fingir no conocer á sted y seguir mi camino por la acera, sin saludarle; pero usted, que no estaba advertido, hubiese hecho un movimiento instintivo que le hubiese delatado.

«Además, no me disgusta afrontar abiertamente la lucha.

—¿Está usted seguro que me seguían?

El eminente «detective» lo llevó cerca de la ventana, indicándole con el dedo un individuo que parecía absorto en la lec-

Ayuntamiento de Madrid

tura de los carteles teatrales que cubrían una columna.

— Ese es el hombre. No tema usted nada; pero siga mis prescripciones al pie de la letra.

Al volver cerca de su escritorio, pidió comunicación con una cochera de automóviles. Durante unos instantes conversó con el gerente; luego, colgando el receptor, se volvió hacia el joven.

Al salir de aquí vuelve usted á su casa y coge una maleta, luego baja en busca de un coche, sin apresurarse, para que quien le siga no le pierda de vista, y lo llevará hasta la estación de San Lázaro, donde tomará usted un billete sencillo para Rouen. Entonces registra usted su maleta y se va á reservar su rincón en el compartimento que escoja, para lo cual le bastará alquilar una almohada y dejarla allí. Después pasea usted por el andén y se dirige lentamente hacia la salida de la calle de Amsterdam, en donde encontrará usted un automóvil azul con el motor en marcha, en el que montará, después de dar mi nombre al *chauffeur*. Cuando, gracias al cristal de atrás haya usted adquirido la certeza de que no le siguen, indicará al *chauffeur* el hotel donde ha de llevarle. No olvide después, de telefonear á la estación para que le devuelvan de Rouen su maleta.

—¿Y el que me sigue?

—Esto le proporcionará un viaje por cuenta de los adversarios de usted, pues creo que se disimulará en un coche próximo al en que coloque usted su almohada, y no se inquietará por usted hasta la estación de Rouen.

— Pero... si...

— ¿Si le sigue por la calle de Amsterdam? Trate de llevarlo de nuevo al tren volviendo usted mismo; mas, si á pesar de todo, no le suelta, salte en el coche. Hay pocos taxis libres que anden errantes por la calle de Amsterdam y estará usted lejos antes de que haya podido encontrar uno. ¿Tiene usted idea del hotel donde dirá que lo lleven?

— Ni la menor.

—¿Ninguna preferencia?

— Ninguna.

— En este caso, vaya usted al hotel Washington, plaza de Ternes (así estará á mi alcance) y no salga de él hasta mañana por la noche. Mañana le telefonearé para decirle lo que haya decidido respecto á la cita que le han dado.

Una hora más tarde, una llamada al teléfono notificaba al célebre « detective » que todo marchaba bien y que, según toda probabilidad, el que seguía iba á todo vapor hacia la patria de los caramelos de manzana.

II

Donde vuelve á aparecer Ludovico Marmont

Iba á sentarme en la mesa para almorzar cuando recibí un «neumático» de William Tharps.

« Mi querido Lynham — decíame, — creo tener un asunto interesante; venga á verme á las tres. »

A las tres llamaba á la puerta del célebre policía.

El mismo me abrió.

— Encantado, Lynham. ¿Y sus asuntos? ¿Continúan sus éxitos en el Tribunal? ¿Le ha molestado mi esquelita?

Contesté con una frase á todas sus preguntas y aguardé á que él mismo abordara el asunto que le interesaba; pero transcurrió un cuarto de hora sin que hiciera la menor alusión al mismo.

Dos ó tres veces, mientras hablaba de cosas indiferentes, se había acercado á la ventana, mirando el reloj con impaciencia. Por fin, en el momento en que iban á dar las tres y media, sonó el timbre de la antesala.

Mi amigo guardó silencio y no se movió.

Entonces oímos un pequeño ruido significativo: el de una ganzúa que introducían en la cerradura. Comprendí que el «detective» aguardaba aquella visita y que había venido á abrirme él mismo porque debió tomar la precaución de despedir á sus criados.

Oímos la puerta de la meseta cerrarse de nuevo sin ruido y unos pasos apagados dirigirse hacia la cocina.

Habiéndose dado cuenta de la ausencia de los criados, el visitante clandestino volvió hacia el despacho en el cual nos hallábamos.

Me había levantado instintivamente; pero Tharps, sonriendo, me hizo señas para que volviera á sentarme. El hombre debía tener la seguridad de que la habitación estaba vacía, pues abrió tranquilamente la puerta, penetrando en el despacho.

— Entre usted, Bills — dijo el « detective». — Le esperaba más pronto.

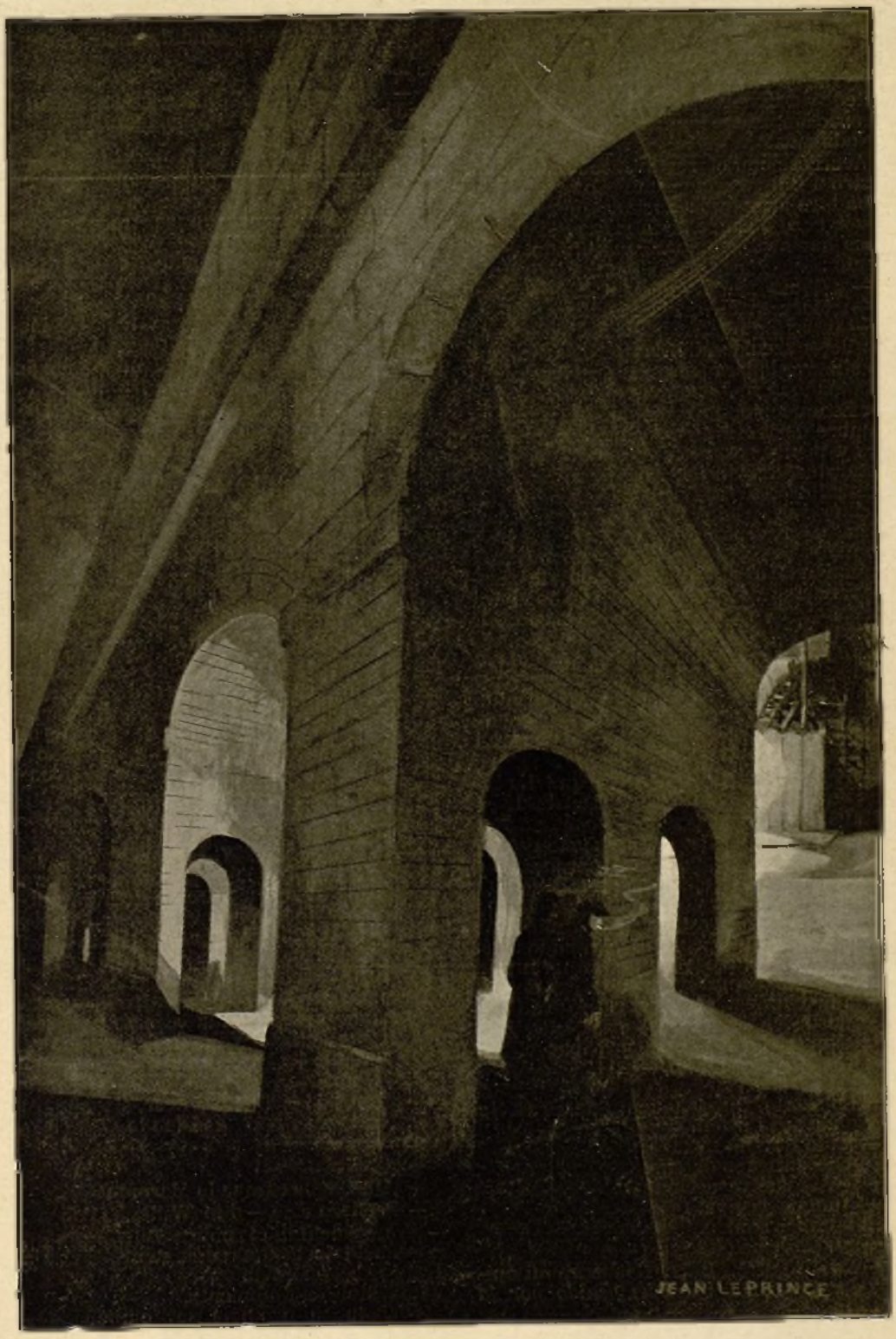
El individuo dió un paso hacia atrás; pero un ruido metálico á sus espaldas le hizo comprender que acababa de cerrarse la puerta por medio de un cerrojo mecánico. Dió un grito de rabia y se llevó rápidamente la mano á su bolsillo.

— Deje eso, Bills — dijo mi amigo.

Vi brillar en su mano derecha el cañón de un revólver.

El intruso, á quien Tharps parecía conocer tanto, comprendiendo que éste tenía

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

la ventaja, abandonó en su bolsillo el arma y dejóse caer sobre la silla que le indicara Tharps.

— Hace calor aquí — dijo éste. — Puede usted, sin temor á un catarro, quitarse la americana. Muy bien; démela. Gracias. ¿Nada más?

Acercóse con el revólver en mano, registró á Bills, cerciorándose que no ocultaba otra arma, y luego se sentó, colocó su revólver al alcance de la mano y, volviéndose hacia el hombre aniquilado, preguntó:

— ¿Cómo está el querido Marmont?

— ¿Marmont? — exclamé sorprendido.

— Bills, á quien le presento, es uno de los fieles secuaces del maestro, así es que no sin verdadera alegría he reconocido esta mañana su voz en el teléfono.

« Este querido Bills me daba una cita en nombre de un antiguo cliente, para las tres y media, esta tarde, en Courbevoie. Naturalmente, le aseguré que acudiría puntualmente. Esta mañana recibió mi cocinera un telegrama llamándola cerca de su hermana, en Chateau-Thierry, y Jim me había pedido permiso para aprovechar un cupón de teatro que acababa de recibir para una función de tarde de hoy; era precisamente su día de salida; concedí gustoso ambos permisos. Yo también salí después que ellos, hacia las dos y media, para ir á Courbevoie ó, por lo menos, para dejar creer al centinela que había delante de mi puerta, que iba allí. A los pocos minutos estaba de vuelta, gracias á un hábil disfraz, cuando llegó usted.

— Pero — insistí — yo creía que Ludovico Marmont estaba en la cárcel desde el asunto Beaugency.

— Ciertamente. Por lo menos lo estaba aún esta mañana; telefoneé para cerciorarme de ello. Por cierto, que me di cuenta de que la pequeña visita que querían hacer á mi casa no estaba preparada por Marmont; había en ello coincidencias harto absolutas que no hubiera permitido éste, para no comprender que yo descubriría la trampa. Las cosas no van tan bien desde el arresto del « patrón », ¿no es cierto, Bills? En fin, ¿á qué debo el honor de su visita?

— Ya lo sabe usted.

— Lo siento, Bills, lo siento de veras. No hay nada para usted.

— Es lo que no se sabe.

— Estoy seguro de ello.

— ¿Y si vuelve « el patrón »?

— Aunque vuelva.

El hombre sonrió.

— ¿Lo cree usted?

— No discutiré, Bills. Conservo mi opinión, y nada más. *Usted ha venido por la lista.*

— ¡Pardiez!

— Y creía usted cándidamente encontrarla aquí.

— Lo esperaba.

— Una pregunta, Bills: ¿Hace tiempo que se cartea usted con Marmont?

— Más de ocho días.

— ¿Sí? Y durante ese tiempo se instruye su causa, dentro de quince días será la vista criminal, y un mes después...

El « detective » acabó su frase con un gesto seco.

— Es un hombre el « patrón » — insistió el bandido.

— ¿Cree usted que yo no lo soy?

— ¡Oh, usted señor Tharps!... ¡Qué lástima que esté usted con la policía!

Solté la carcajada. Era el mejor elogio hacia Tharps en boca de un bandido.

— Tome, Bills, aquí está su abrigo; lárguese.

A los veinte segundos estaba en la calle.

— ¿Quiere usted explicarme?

— Con mucho gusto, Lynham. Le había rogado que viniera para prestarme auxilio en caso necesario. Como ha visto usted, todo ha marchado bien.

Me dió á conocer entonces los primeros detalles del asunto, que yo ignoraba por completo, añadiendo que el notario señor Plachaud, le había enviado una lista del moblaje del difunto Victoriano de Raizet. La intervención de un secuaz de Marmont le había revelado el verdadero adversario á quien tenía que combatir, y se congratulaba del nuevo desafío que iba á permitirle medirse una vez más con el aventurero.

— ¿Qué interés tiene Marmont en adquirir dicha lista?

— Lo ignoro aún. Yo la pedí sólo en concepto de indicación; y como es el único documento que poseo acerca de ese asunto, es evidente que la... visita de Bills sólo tenía por objeto robármelo. Quizás sea esa la piedra angular del edificio; voy á estudiarla seriamente.

Resonaron bajo la ventana gritos estridentes; anunciábase una edición especial del *Intransigeant*. William Tharps manifestó el deseo de tener un ejemplar y bajé para comprarlo.

— ¡Ya está! — dije al entrar, sin aliento por haber subido corriendo los dos pisos.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Que se ha escapado Marmont!

— Prefiero esto — dijo William Tharps. — Francamente, el pobre Bills, hace un rato, me daba lástima; esas gentes, privada de su jefe, son como cuerpo sin alma.

Reflexionó un momento.

— La lucha promete ser empeñada — añadió; — pero no me atrevo á creer que

Ayuntamiento de Madrid

Marmont se haya evadido únicamente para salir á la palestra conmigo.

— ¿ Por qué no ? — repliqué.

Mi amigo encendió un «Muratti».

En aquel mismo momento la campanilla del teléfono le llamó al aparato.

Las primeras palabras, al revelarme el nombre de su interlocutor, me dejaron estupefacto.

Era Marmont.

Marmont, evadido hacía menos de dos horas ; Marmont, el aventurero, el jefe de banda cuyo nombre llenaba en aquel momento los bulevares, telefoneaba á William Tharps para aconsejarle que abandonara el asunto Raizet.

El «detective» aseguraba á su temible adversario su deseo de llevar á cabo el asunto, y no consentía en manera alguna dejarse convencer por los apremiantes argumentos de éste.

Preguntó de qué manera desertara de su cárcel y le oí reir de lo lindo escuchando el relato que le hacía. Cuando después de una última certeza que se aferraba más y más en el asunto emprendido, colgara de nuevo el auricular, pregunté á mi amigo:

— La manera de evadirse Marmont — me dijo — es tan sencilla como ingeniosa ; pero prefiero que él mismo se lo explique.

— ¿Él mismo ?

— Sí, tengo motivos para creer que dentro de poco nos hará una visita.

— Se atrevería...

El eminente «detective» me lanzó una mirada indefinible.

— En todo caso — agregué ahora que está libre, va á ser preciso ir con paso seguro. ¿ Qué piensa usted hacer esta noche ?

Aludía á la cita que fijara un misterioso corresponsal al joven de Raizet.

— Ir á la cita.

— ¿ Y Jacobo de Raizet ?

— También.

— Pero ¿ no le dicen que esté solo ?

— No lo escoltaremos.

— ¿ Voy con usted ?

— Eso no se pregunta.

Eran las diez menos minutos y William Tharps y yo estábamos disimulados hacia un cuarto de hora largo en la sombra de un arco del viaducto próximo á la calle Erhart, cuando vimos venir á nuestro cliente. Estaba solo, y su paso vacilante, que se esforzaba en afirmar, dejaba ver su turbación interior. Escudriñaba la sombra con sus ojos desencajados y al pasar cerca del lugar donde estábamos hizo un movimiento tan distinto que mi compañero no pudo menos de manifestar su mal humor.

Apenas llegó al sitio de la cita, una mujer, á quien no habíamos visto antes, pasó delante de nosotros, dirigiéndose hacia Raizet. Cuando llegó á su lado, dejó caer un pañuelo, que el joven, recogiéndolo, se lo entregó.

Se fueron juntos.

Cuando estuvieron á unos cien metros, William Tharps se dispuso á seguirlos, y le imité cuando, con movimiento brusco, me clavó en el sitio. Un paso rápido y menudo resonó, se acercó á nosotros y, seguidamente, en el disco luminoso del corto túnel, se destacó la silueta de una mujer; nos inclinamos para seguirla con la vista, á diez pasos de nosotros, y precisamente en el sitio que ocupaba un momento antes el joven de Raizet, *dejó caer su pañuelo.*

Quedé estupefacto.

(Se continuera)

JORGE MEIRS.

Ayuntamiento de Madrid

el gran mundo

El Sr. D. Sebastián Mier, antiguo ministro de México en Francia, después de una dolorosa enfermedad que le llevó á los últimos momentos, se halla completamente restablecido. Enviamos á dicho señor y á su distinguida familia nuestros sinceros votos de felicidad.

◇◇◇◇◇◇

Hace algunos días, el Sr. D. Francisco de la Barra presentó sus credenciales que le acreditan como ministro de México en Francia. Enviamos á dicho señor, llamado el Presidente Blanco por su rectitud indiscutible, nuestras más respetuosas felicitaciones.

◇◇◇◇◇◇

De regreso de Londres y acompañado de su simpática esposa, está en París el Sr. D. Eustaquio de Escandón. Nuestros saludos muy cariñosos.

◇◇◇◇◇◇

La hijita del Sr. Larreta, después de sufrir una muy dolorosa operación, se encuentra en completa mejoría. Que la salud venga á llenar de alegría á tan simpática niña y de consuelo á sus distinguidos padres son nuestros deseos.

◇◇◇◇◇◇

Siguen tan animadas las reuniones en la colonia extranjera residente en Biarritz.

Ultimamente dió un elegante «thé bridge» la marquesa de Bolaños al que concurrieron entre otros invitados: marquesas de Argenton, d'Arcangnes, de Aulencia del Muni, de Grijalba, princesa Kotchoubey, condesas de la Viñaza, de Rostang, de Montalivet, de Atares, y señoras de Penalver, de Le Motheux-Bourbaki, de Henestrosa, de Vidal Soler, de Poliakoff, etc.

◇◇◇◇◇◇

Gran *matinée* el domingo pasado en la preciosa residencia de los señores de Luis de Ossa en Biarritz.

◇◇◇◇◇◇

Tambien dieron un «thé bridge» de los más concurridos en su hermosa villa de la Cuesta de los Vascos, el ministro del Perú y la señora de Candamo. Entre los concurrentes, notabanse las princesas de Belosewski, de Faucigny-Lucinge, de Kotchoubey, marquesas de Valdeterrazo, de Bolaños, de Aulencia, del Muni, de Vistabella; Condesas de la Viñaza, de Orloff, de Montalivet de Segur, de Montebello, de Caltabuturu, de Peralta, señoras y señoritas de Icaza, de Loglise, de Candamo, de Heeren, de Arcangues, de Pacheco, de Alcala Galiano, de Mumm de Caao, de Zografo, de Montebello, etc.

◇◇◇◇◇◇

En París se han concertado últimamente algunas bodas entre distinguidos jóvenes argentinos y franceses.

Así es que sabemos de senorita Dolores de Carabassa con el Conde Pedro de Bearn, y la del Sr. German de Elizalde con la Sta. Andrée Bruel.

En plazo próximo se trasladarán á su nueva casa de la calle de Alcalá Galiano los marqueses de Berna, padres de los condes de Santa Coloma.

◇◇◇◇◇◇

— Para visitar á sus sobrinos los hijos de los malogrados condes de Albalat y Sorell, ha salido para Barcelona la marquesa de San Germain.

◇◇◇◇◇◇

Ha fallecido en Madrid el general de brigada D. Federico Reynoso y Muñoz de Velasco, marqués de Pico de Velasco.

Persona estimadísima en los círculos aristocráticos, su muerte ha causado verdadero sentimiento.

A su familia enviamos el más sentido pésame.

◇◇◇◇◇◇

Indícase para presidente de la Gran Peña al duque de Bivona.

◇◇◇◇◇◇

Han regresado á Madrid los duques de Santa Lucia.

◇◇◇◇◇◇

— Han regresado á Madrid: de Murcia, la marquesa de Villamantilla de Perales, y de Vitoria, la marquesa de Villalba.

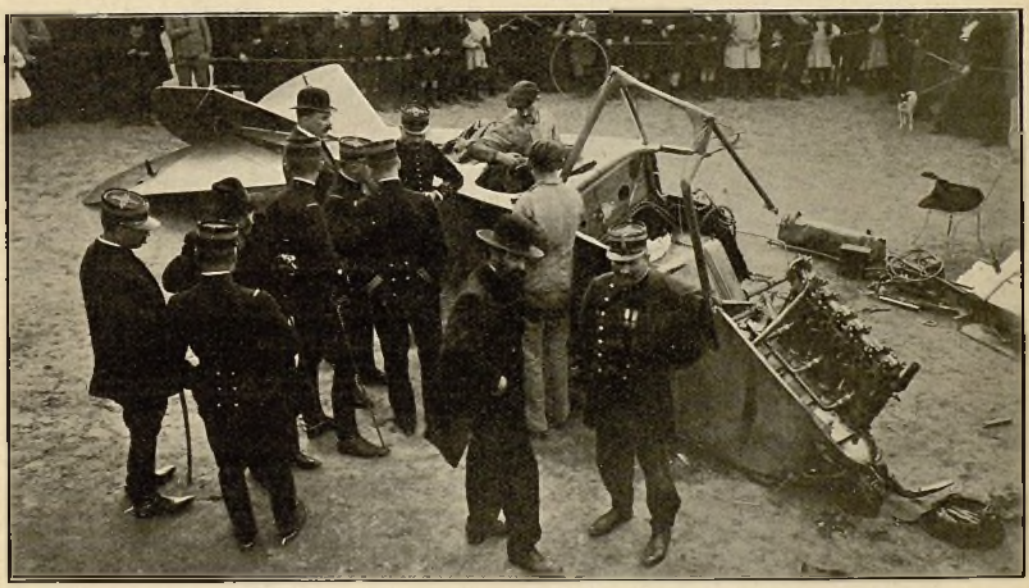
NECROLOGÍA

Con gran sentimiento hemos recibido la noticia, cuando el número de la Revista estaba á punto de tirarse, del fallecimiento repentino del nuevo ministro plenipotenciorio de Venezuela Excmo. Sr. don Bernabé Planas, que tan gratos recuerdos habia dejado en España, en el tiempo que ocupó el mismo puesto en nuestra nación.

A la familia del finado enviamos nuestros más sentido pésame lo mismo que á sus numerosos amigos.

Ayuntamiento de Madrid

"La Flambeau" cano a automóvil que ha ganado la reciente regata de la travesía de París. En este emocionante concurso, se llegó á alcanzar la fantástica velocidad de 80 kilómetros á la hora, y desde los puentes del Sena casi no se les podía ver, tan deprisa marchaban.



El aparato del aviador alemán Stoeffel, después del accidente. La lucha entre los franceses y alemanes ha pasado al campo de la aviación. Y los tudescos parecen perseguidos por la fatalidad.

Grupo de jugadores ingleses de foot-ball que tomaron parte en el match English Wanderers contra la U. S. F. S. A. Los ingleses marcaron cuatro tantos, los franceses uno.

La Asociación London League, que obtuvo una brillantísima victoria luchando contra París (L. F. A.) Los ingleses marcaron cinco puntos, los franceses ninguno.

Ayuntamiento de Madrid

Decugis y Germolt, jugadores franceses que acaban de ganar el Campeonato del mundo de Tennis, en el torneo celebrado en Stockolm. En los match de uno contra uno, los franceses fueron vencidos por los ingleses y americanos.

Carrera de 500 metros celebrada en Acheres (Francia). Lonneaur, uno de los que tomaron parte en el concurso, en el momento de lanzarse á traves de un plantio, por haber tomado mal un "virage".

El aviador Chevillard ejecuta el "looping the loop", es decir, el salto del lobo, lo mismo que su colega Pégoud, pero más perfecto, con mayor facilidad, porque este aviador es uno de los más expertos de la escuela francesa.

LOS HISPANOS-AMERICANOS EN PARÍS

Acaban de llegar :

al ***HOTEL ASTORIA***
Avenue des Champs-Elysées

General Porfirio Diaz y señora, de Méjico. — Sr. Dandeiro de Mello. — Sr. A. Pawlowsky, de Buenos Aires. — Sr. Ernesto Oufray y señora, de Vina del Mar (Chile).

Continúan:

Sra M. O. Escalante y familia. — Sr. C. Torres Elicechda, de Bogota. — Sr. Simón Guzmán Blanco y señora.

Han marchado:

Sr. Hernán Errazúriz y señora. — Sr. Bernard Guzmán Blanco y señora.

al ***CARLTON HOTEL***
(Champs Elysées)

Mons. Defarino don Arión. — Mons. R. Pradere.

al ***HOTEL CAMPBELL***-15 Av. Friedland.

Continúa Familia Paixão.

A los ASMÁTICOS
A los que se sofocan
A los que tosen

os médicos dicen hoy : Usad los

POLVOS LOUIS LEGRAS

Es un remedio maravilloso que calma instantáneamente los más violentos accesos de *Asma*, la *Tos* v olenta y prolongada de las *Bronquitis* antiguas, el *Catarro* y as consecuencias de la *Influenza*.

Los POLVOS LOUIS LEGRAS
dan siempre los mejores resultados
En odas farmacias hispano-americanas
En Buenos Aires : BADARACCO Y BARDIN, 569, Cuyo
H. BERTHIOT farm^o,
14, rue des Lio

SIROP DEPURATIVO VEGETAL
Jarabe del doctor
CHABLE
EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE
Se vende en Farmacias y Droguerías

Imprenta de la Casa Editorial Hispano-Americana, Paris — El Gerente Verdeau

Ayuntamiento de Madrid